

23

CONTEMPORANEOS

SUMARIO

X. Villaurrutia: OTRO NOCTURNO. — 4 DIBUJOS DE LAZO. — A. Reyes: MITOLOGIA DE LAS COBRAS. — OBRAS DE DALÍ. — M. Azuela: LA LUCIERNAGA. — B. J. Gastélum: LA TEORIA DEL SUFRAGIO. — A. Maurois: LA CONVERSACION.

MOTIVOS: Años de Aprendizaje y Alegría (B. J.) Literatura Revolucionaria y Literatura de la Revolución (B. O. de M.) D. H. Lawrence (E. M. jr.) Un nuevo libro sobre Sigüenza y Góngora (E. A. G.) Salvador Dalí (S. G.)—Libros de México.



ABRIL
1930
MEXICO

Precio:

50 centavos

CONTEMPORANEOS

REVISTA MEXICANA DE CULTURA

FUNDADORES:

BERNARDO J. GASTELUM

JAIME TORRES BODET

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO

ENRIQUE GONZALEZ ROJO

AÑO 2º.

ABRIL

NUM. XXIII

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR:

B. Ortiz de Montellano:

POESIA.—E. Munguía Jr.:

EXPOSICION DE FUGA.

—Rubén Salazar Mallén:

ACUARIO.—DIBUJOS

DE NEW YORK POR

MAROTO.—Sor Juana

Inés de la Cruz: CARTA

ATENAGORICA.

MOTIVOS: Nota sobre la estética de Proust (R. F.)—Los últimos libros mexicanos o sobre México.—Índice del tomo VI.

CONDICIONES DE VENTA:

EN MEXICO:

UN NUMERO \$ 0.50

SUSCRIPCION A 6 NUMEROS \$ 3.00

EN EL EXTRANJERO:

UN NUMERO DLLS. 0.25

SUSCRIPCION A 6 NUMEROS .. 1.50

PARA TODO ASUNTO DE CARACTER ADMINISTRATIVO, LA CORRESPONDENCIA DEBERA DIRIGIRSE A CONTEMPORANEOS [ADMINISTRACION]

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

Registrado como artículo de 2ª. clase con fecha 19 de junio de 1928

APARECERA EL DIA 15 DE CADA MES

BANCO NACIONAL
DE CREDITO AGRICOLA, S. A.

Capital \$ 21.000,000.00 O. N.

Fundado para Fomentar la Agri-
cultura y especialmente Ayudar
a los Pequeños Agricultores

Para Informes

Diríjase a la Avenida Isabel la Católica Núm. 54

MEXICO, D. F.



DROGUERIA MEXICANA
LAMBERTO HERNANDEZ

3A. CALLE DE TACUBA NUM. 14

TELEFONO ERIC. 1-37-79

MEXICANA 21-63 NERI

DROGAS, MEDICINAS DE PATENTE,

ARTICULOS DE CIRUGIA

EL MEJOR SURTIDO DE PERFUMERIA EN LA PLAZA

ABIERTA HASTA LAS 8 P. M.

COMPARE USTED SUS PRECIOS



ESTAMOS SIEMPRE A SUS ORDENES EN TRABAJOS DE IMPRENTA

Cartas y sobres para correspondencia · Esqueletos
de bautizo · Invitaciones para matrimonio ·
Folletos · Tesis · Etiquetas.

Somolinos y Montesinos

DIRECCIONES

5 DE MAYO, 32

SUC. ACEQUIA
CORREGIDORA NUM. 7

SUC. SANTO DOMINGO
BRASIL NUM. 23

SI NO USA USTED INSECTICIDAS PORQUE LE MOLESTA SU MAL OLOR,
O PORQUE NO HA OBTENIDO RESULTADO SATISFACTORIO CON ELLOS

USE

K I L E M

El único insecticida de positivos resultados y absolutamente inodoro. No mancha
ni es venenoso.

SI ES USTED ASEADO,

USE

S P I C

El talco ideal, delicadamente perfumado y el único en su género como desodorizante.

SPIC es necesario para el hombre e indispensable para la mujer.

SPIC además de su exquisito aroma, destruye instantánea y permanentemente
los malos olores.

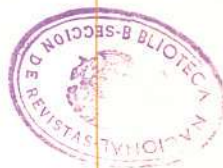
DIAZ GARAY HERMANOS

La Casa de Prestigio en Desodorizantes, Insecticidas y Desinfectantes.

MESONES 107

MEXICO

ERICSSON 1-26-84



MOSAICO DE HULE

Fabricado por

WRIGHT RUBBER PRODUCTS Co.

Racine, Wis., E. U. A.

El material más confortable y adecuado
para pisos de Edificios Públicos, Casas
Comerciales, Bancos, Hoteles, Hospi-
tales, etc. - SILENCIOSO, LIMPIO,
DECORATIVO Y DE GRAN DU-
RACION

Representante:

J. M. CHAVEZ

Isabel la Católica No. 14 México, D. F.





Las Nuevas Oficinas
del

BANCO DE MEXICO, S. A.

así como varios Departamentos de la Secretaría de
Hacienda y la Contraloría de la Federación, han
sido totalmente equipados con

Muebles de Acero

Art Metal

Steel Office Equipment, Safes and Files

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

Cía. de

Construcciones y Equipos, S. A.

Apdo. 2551 Balderas y Nuevo México México, D. F.

OTRO NOCTURNO

A Manuel Rodríguez Lozano

***E**L que nada se oye en esta alberca de sombra
no sé cómo mis brazos no se hieren
en tu respiración sigo la angustia del crimen
y caes en la red que tiende el sueño.
Guardas el nombre de tu cómplice en los ojos
pero encuentro tus párpados más duros que el si-
lencio
y antes que compartirlo matarías el goce
de entregarte en el sueño con los ojos cerrados
sufro al sentir la dicha con que tu cuerpo busca*

Otro Nocturno

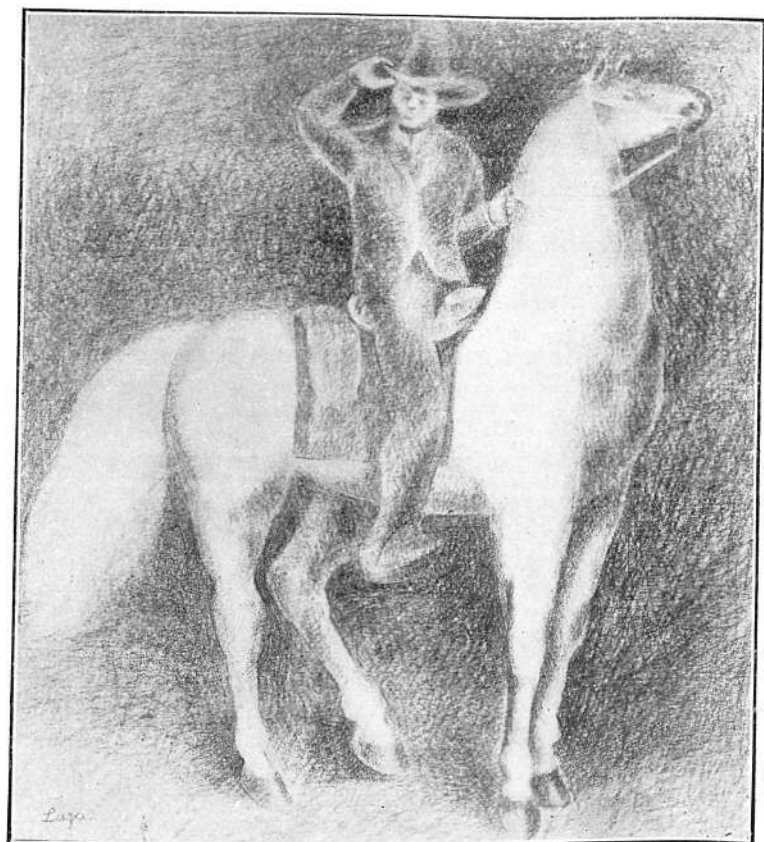
*el cuerpo que te vence más que el sueño
y comparo la fiebre de tus manos
con mis manos de hielo
y el temblor de tus sienes con mi pulso perdido
y el yeso de mis muslos con la piel de los tuyos
que la sombra corroe con su lepra incurable.
Ya sé cuál es el sexo de tu boca
y lo que guarda la avaricia de tu axila
y maldigo el rumor que inunda el laberinto de tu
oreja
sobre la almohada de espuma
sobre la dura página de nieve.
No la sangre que huyó de mí como del arco huye la
flecha
sino la cólera circula por mis arterias
amarilla de incendio en mitad de la noche
y todas las palabras en la prisión de la boca
y una sed que en el agua del espejo
sacia su sed con una sed idéntica.
De qué noche despierto a esta desnuda*

Xavier Villaurrutia

*noche larga y cruel noche que ya no es noche
junto a tu cuerpo más muerto que muerto
que no es tu cuerpo ya sino su hueco
porque la ausencia de tu sueño ha matado a la muerte
y es tan grande mi frío que con un calor nuevo
abre mis ojos donde la sombra es más dura
y más clara y más luz que la luz misma
y resucita en mí lo que no ha sido
y es un dolor inesperado y aun más frío y más fuego
no ser sino la estatua que despierta
en la alcoba de un mundo en que todo se ha muerto.*

Xavier VILLAU RRUTIA

4 DIBUJOS DE
AGUSTIN LAZO









MITOLOGIA DE LAS COBRAS

De Ocio y Placeres del Periódico

EN los animales cargados de historia o de creencia, el pueblo no puede pensar con libertad científica, sea el ibis egipcio, la tórtola judía o hasta la paloma del Espíritu Santo, para sólo nombrar las aves. La imaginación se deja ir, prisionera sin saberlo en los callejones acotados de la leyenda. Chesterton ha elaborado un cuento sutil en torno al error de deletrear al revés el nombre del perro: DOG=GOD; es decir, de hacer del perro un dios, interpretando sus aullidos, que obedecen a un estímulo inmediato y propiamente perruno, como mensajes providenciales y avisos delatorios de un crimen.

Así de las cobras, animal sagrado en la mitología

americana. He aquí algunas noticias que encuentro, hojeando periódicos del Brasil.

1

CIERTO hacendado capturó una enorme jararaca y la envió, bien encerrada en su caja de madera, al Serpentario de Butantán. Días después, el Director del Serpentario le agradecía el obsequio "de las diversas cobras" que había tenido la gentileza de enviarle. En efecto: al abrir la caja, habían aparecido una cobra y unas cobritas.

La superstición lo explica así: la cobra, en los momentos de peligro, se traga a su prole y, pasado el riesgo, vuelve a expelerla.

La ciencia lo explica de otro modo: 1º Hay cobras que ponen huevos y los crían fuera de su cuerpo; 2º Hay cobras ofiófagas, que se comen sus propios huevos; y 3º Hay cobras—y entre ellas la jararaca—que conservan los huevos dentro de su cuerpo hasta su completo desarrollo, y entonces paren a la prole por la cloaca. El hombre de campo que, conocedor del fenómeno primero, y creyendo que era regla sin excepción, presencié el caso del fenómeno segundo sin saber que se trataba de un vicio, y luego presencié

el caso del fenómeno tercero, asoció en su mente la deglución de los huevos y la expulsión de las "co-brañas", e inventó la leyenda.

2

¿QUIEN, en México, no ha oído contar de culebras que maman el seno de la mujer y, entre tanto, para divertir a la criatura, le introducen la cola en la boca y hacen sonar sus cascabeles como sonaja? También lo cree el campesino brasileño, quien llega a asegurar que las vacas se dejan mamar por las cobras, y tienen citas misteriosas con ellas, a horas fijas del día.

El que vió que la vaca blanca, la mejor lechera, dejaba de dar leche un buen día—por cualquiera de los mil motivos que afectan la economía del animal—, y recordó que aquella mañana habían matado una cobra de cuyo vientre salía un líquido blancuzco (los huevos en formación) pudo inventar esta fantasía.

3

EL doctor Sánchez, catedrático hace muchos años de Historia Natural en la Escuela Preparatoria, nos

dictaba unas curiosísimas noticias folklóricas sobre los animales mexicanos, entre las cuales recuerdo ahora la del origen del "mal del pinto". La tradición lo atribuye al ayuntamiento de un soldado y una hembra de caimán, hembra que el soldado encontró tumbada de lomos junto a un río. Tal vez algún ex-alumno de la Preparatoria conserve estos apuntes. Valdría la pena de recogerlos y publicarlos. Ricardo Gómez Robelo había pensado en ello. Pero ¿cuántos planes no abandonó aquel inquietísimo espíritu?

Mucho tenían que ver los soldados en estas tradiciones. También me acuerdo de la superstición sobre el modo de abrevarse de las serpientes venenosas, que previamente necesitan deshacerse de las bolsitas de veneno para no envenenarse solas. Unos soldados encontraron esas bolsitas en el hueco de una peña, y las destruyeron. Cuando la serpiente volvió a buscarlas, al sentirse desarmada, se suicidó azotándose contra la peña.

Igual superstición existe en el Brasil, donde los especialistas la explican por el hecho de que las culebras propiamente acuáticas no tienen ponzoña; y las dañinas, cuando están en el agua, carecen del punto de apoyo necesario para exprimir el veneno, y resultan inofensivas.

4

ACABO de presenciar en una revista carioca un cuadro de baile que divaga en torno a la pretendida fascinación de la cobra sobre los animales pequeños, antes de devorarlos. Imagen clara, esta propalada creencia, de cómo una debilidad o defecto también hace veces de vigor. Enseñanza para políticos y para eso que se llama hombres de acción. Los ojos de la serpiente sólo parecen fascinadores porque la infeliz carece de párpados, no puede hacer guiños ni tiene expresión visual ninguna. Y su involuntaria fijeza, tan inhumana, acaba por adquirir un pavoroso sentido para el hombre. Mi hijo, cuando pequeño, apartaba con horror los juguetes que tenían ojos de vidrio. ¿Porqué habrá dicho Bergson que la intrusión de lo mecánico en lo vital provoca necesariamente a risa?

Pero las avecitas no se asustan por tan poco, porque no atribuyen intenciones a los objetos con la misma facilidad que el hombre. No: las avecitas revolotean, pían enfurecidas defendiendo a sus hijos, atacan y pican a la serpiente, o se pulen descuidadamente las plumas posadas sobre la cabeza del reptil. El reptil logra darles caza precisamente haciéndose el muerto. Deja que los animalillos se vayan confiando

cada vez más, hasta que los tiene seguros. Entonces descarga su relámpago. Esta es la verdadera descripción del proceso.

5

EN cuanto a los encantadores de serpientes... éstos comienzan por desposeerlas del veneno, comienzan por ser sacamuelas. Además, viviendo todo el día con ellas, aprenden los hábitos de las serpientes. Por aquí logran dominarlas. Las adiestran y domestican al punto de dejarles intactos, a veces, los colmillos inoculadores. ¿No se domestican también los leones, los tigres, y no son fieras? Y Mateo Hernández, el español que esculpe animales en basalto y en pórfido, me asegura que él tenía domesticada a la hiena del Jardín Zoológico de París:

—¡La pobre hiena!—me decía este nuevo San Francisco—: ¡ella se da cuenta de que soy el único que la quiere!

En materia de domesticación, el hábito, la frecuentación, la dulzura pueden hacer más que el castigo. (*The taming of the shrew?*). Los aficionados al amor, conocen y practican un buen refrán o consejo de paciencia que dice así: "La mujer y la gata, de quien

la trata". Ignoro el valor que tendrán las ocurrencias de Fernand Kolney, satírico poco leído. El nos presenta a un antiguo domesticador, el señor Leonardo, macho soberbio caído en oficios innobles:

"Me casé con la domadora—cuenta el señor Leonardo—. Ella, en dote, me trajo su arte, sus fieras, y me enseñó a adiestrarlas. ¿Sabe usted cómo se hace eso? ¿No? ¿Lo más sencillo del mundo! Los látigos, los revolvers al cinto y las barras enrojecidas al fuego, todo eso es para impresionar a la galería. A las fieras, a las bestias feroces, se las adiestra desde la edad conveniente lo mismo que a las mujeres: mediante caricias especiales... Usted me entiende. De este modo ¿comprende usted? se las gana uno, y las transforma en unos perritos viciosos más dispuestos a lamernos la mano que a mordernos. ¿Dios no ha hecho la mano del hombre apta para todos los usos? Este es el secreto del oficio. Tal vez no debiera yo decirlo, puesto que me he retirado; pero, en fin, se lo cuento a usted, no a todo el mundo".

Parece que también la música de los encantadores de serpientes es sólo para la galería. Los ofidios no la perciben: no tienen hecho el oído para eso, como no tienen la conformación bucal adecuada para la succión del mamífero.

Muchos encantadores se jactan de estar mitridatizados, de tener—como ellos dicen—*cerrado* el cuerpo a los venenos. Sin embargo, uno muy famoso, el

Cabo Cobra, aceptó las inyecciones inmediatas de suero, en cuanto sintió la picadura de la que él llamaba "la bella Elena".

Los negros del campo—aquí, por eufemismo, se les llama "los prietos"—dicen preces y ensalmos mágicos para dejar a la cobra fija y clavada en un árbol, mientras van a buscar el lazo, el cuchillo, la caja. Pero esta inmovilidad bien se explica por el sueño diurno de ciertas cobras que más bien viven de noche, y cuyos ojos están dispuestos de manera que la luz solar no logra perturbar su reposo.

6

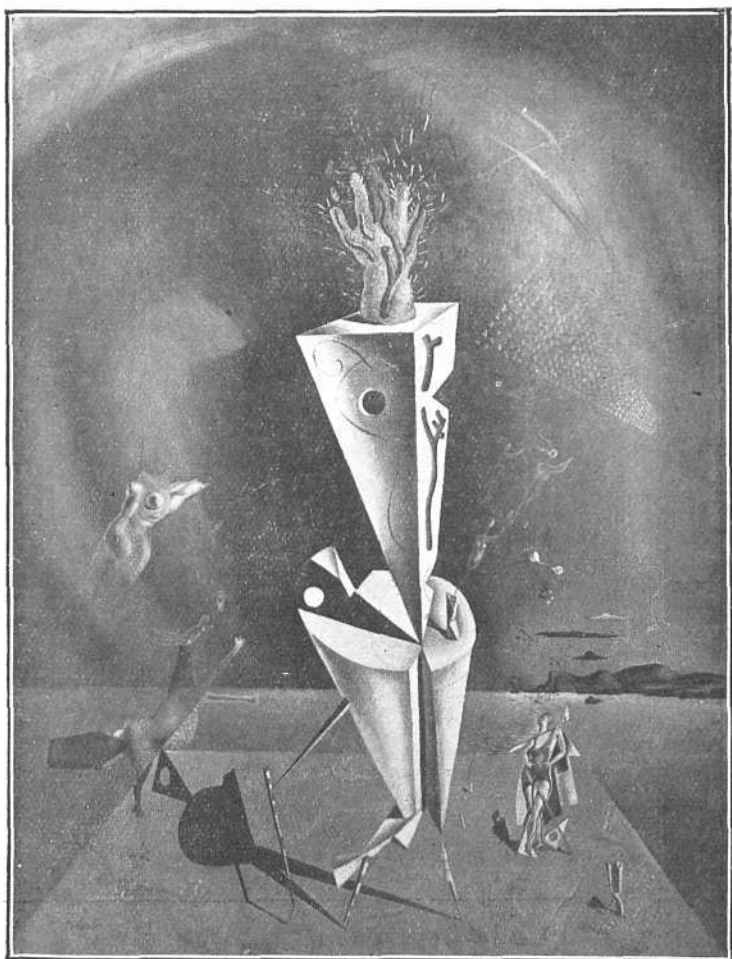
CEDIENDO a las consejas, un pobre leproso—Mariano José Machado—se empeñó en dejarse picar por un cascabel venenoso que estaba encerrado en una jaula, seguro de que con la picadura sanaría de su dolencia. Metió la mano resueltamente, y la cobra tuvo que hacerse de rogar una hora para decidirse. Ella, en su lengua, tal vez le llamaba necio, y se rehusaba. Al fin lo picó. Lo picó lo menos que pudo: una punción leve en el meñique. No podía darse mayor delicadeza. El leproso falleció a las veinticuatro horas.

7

HE oído, por mi parte, muchas otras consejas. En mi tierra solían hablarme del cincuate, de la víbora negra que vive en las casas como un gato y ahuyenta a las víboras malignas... ¡qué sé yo! Yo, por mi parte, recuerdo los primorosos coralillos con que, de niño, solía jugar, una vez que les cosían cuidadosamente la boca.

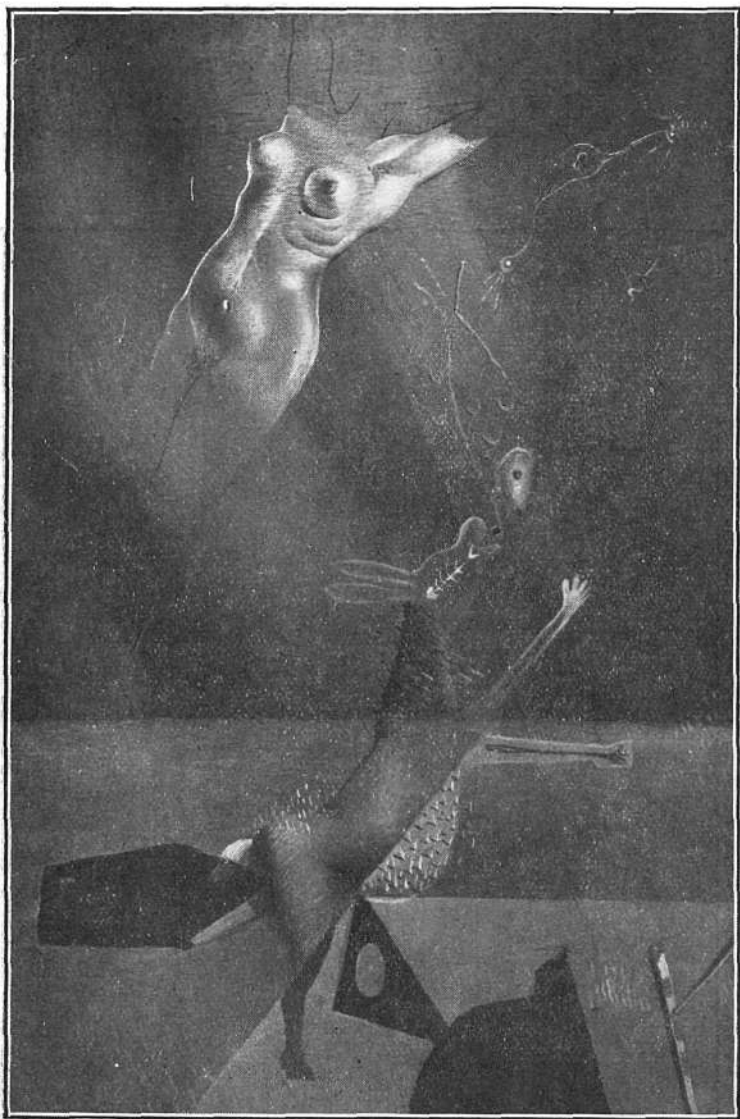
Alfonso REYES

OBRAS DE SALVADOR DALI



SALVADOR DALI

APARATO Y MANO



SALVADOR DALÍ

APARATO Y MANO (FRAGMENTO)

WILKINSON



SALVADOR DALÍ

PAISAJE

LA LUCIERNAGA

Capítulo final

DANDO costalazos por los muros del negro y angosto pasillo, murmuró patético:

—Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo? Dudó entre una posible alucinación y la verdadera verdad de los cirios encendidos en sus ojos, de las flores marchitas y sahumadas en la fiebre sofocante de su nariz y en el grave rumor de la cristiana colmena en sus tímpanos.

Lo cierto es que hay un velorio. Lo cierto es que en el velorio están Benito el boticario, el Chirino y muchas tazas de café con aguardiente.

¿Y el muerto? Es lo de menos.

Para orientarse tiende una oreja a los discos de doña María que gangorean impiamente sus seis piezas

de hace dos años, desde hace dos años, en días que comienzan cuando comienza la mañana y no se acaban cuando se acaba la noche. Tiende la otra en sentido opuesto y escucha, como siempre, el aria de la Tosca, de la planchadora del 24, aspirante a corista del María Guerrero y escándalo del bestiario nacional —altos cinco— víctima del hambre pandémica de la casa.

Y efectivamente entre la "Tosca" y el "Novillo despuntado" está el velorio, el Chirino y Benito el boticario. Pero no el aguardiente: ¡qué plancha! Plancha a medias con todo, porque al cabo de dos horas de religioso silencio y reposo, Dionisio se acuerda del asunto verdadero que allí lo ha conducido.

—Chirino, yo tengo un negocio de reserva con usted.

—Se puede hablar— responde el Chirino con su voz cantarina.

Se puede, en verdad. Grupo aparte lo forman el Chirino, Benito y otros dos cuates.

—Chirino, quiero trabajar con ustedes...

El Chirino sonríe levemente sin levantar la cabeza. Los demás cruzan sonrisas fugitivas, pero con más dinamita de la necesaria para volar la casa con todo y muerto.

Dionisio entiende que hay que aclarar. Les hace comprender que quiere *trabajar* como ellos *trabajan*.

El Chirino y sus cuates cambian miradas perplejas. Porque el odio de clase esconde a menudo cierta os-

cura piedad para el vencido, cuando cae a igual nivel en odios, afectos y sentimientos. Y Dionisio lo ha cantado en más de una vez:

—¡Qué lástima de una revolución horita!... A cuanto jijo de un... colgaría yo de los palos del telégrafo...

El odio a la sociedad innato en el hampón, se desarrolla con rapidez asombrosa en el burgués en desgracia. La infamia de la desigualdad social le quema entonces el alma. El robo, el asesinato enmascarados con nombres modernos, sabotaje, acción directa, son virtudes heroicas cuando se trabaja. Pero cuando ni se trabaja, robar y matar son vocablos que han perdido su sentido.

“¡Hasta para ser un desgraciado de éstos el vicio me estorba!”

Porque el Chirino emitió su dictamen:

—Bebe mucho, don Nicho, si no...

Pasan meses. No hay qué vender ya. Duerme en un corral, come tortillas frías con agua de chile y bebe pulque. Sus andrajos y su mugre le acabaron de cerrar las puertas. No las de sus paisanos y amigos, sino aun las de los mismos desconocidos.

Vagando por los basureros donde borrachos y borrachas duermen lamidos por los perros flacos, le sor-

prendió un encuentro. Bruscamente Dionisio le volvió la espalda.

—No te vayas, Nicho, es a ti a quien busco.

Dionisio se muerde los labios. No le ha quedado ni el derecho al *usted* siquiera. ¿Y quién lo tutea? ¡El Chirino!

—Tengo chamba, Nicho. ¿Quieres?

Media un momento para que se le apague el coraje. Con voz que se extingue, Dionisio vuelve su rostro y muestra sus manos:

—Mira cómo me tiemblan... y no es de *crudo*...

—Negocio fácil. Te compras ropa limpia, te bañas y ocupas un buen cuarto en una casa decente. Es lo que se necesita, un inquilino decente... y tú tenías esa cara... cuando menos. Calle de Victoria 212. Arriba vive un diputado. Tienes que observarlo, seguirle los pasos, saber quién entra en su casa, a qué gentes visita. Si tiene alguna criadita la enamoras y el trabajo se te vuelve un juego. Pero ha de ser pronto; en menos de una semana ¿entiendes? Negocio seguro y sin peligro. Vamos a comprarte la ropa y aquí tienes desde luego veinticinco pesos para que adelantes la renta del cuarto.

Dionisio, después de tragar tanta saliva hace esfuerzos inauditos para cerrar la boca. Toma los veinticinco pesos, y sus ojos son torrentes de agradecimiento.

“El prometer no empobrece, el dar es lo que aniquila. ¿A dónde me pueden llevar estos veinticinco pesos?”

Su grave meditación lo fija en el fondo de oro de su quinto coñac. Realmente es un problema de alta psicología criminal, y es mucho más sencillo apreciar la cualidad de un buen coñac. Por eso, volviendo sus ojos en blanco, no puede contener una exclamación: —¡Qué bueno es el buen vino! Venga la sexta... Y apura las heces de la octava cuando aparece el Chirino.

—Chirinito, vine a refrescarme.

—Los informes por correo a la Noche Buena. Han cambiado las cosas. No nos conocemos; no debemos encontrarnos. Y te advierto, Nicho, que esto no es un juego de niños. Nos vemos.

—Nos vemos, Chirinito.

“¿Una amenaza? Bueno. No soy el tarugo de ayer ni de antes de ayer. Venga ahora una cerveza.

Pero la cerveza no viene sola, trae la más espléndida idea.

—Con el dinero que me queda tengo y me sobra. En vez de embarcarme para las Islas Mariás, tomo mi boleto de segunda a Cieneguilla y me voy con mi mujer.

Doblemente ebrio ahora, salta del asiento, paga la cuenta y detiene el primer auto que pasa.

"La cara que va a poner este Chirinito de mi corazón!" Y ya dentro del coche, se aprieta el estómago de risa.

Sólo que al bajar en la estación de Colonia la boca se le seca. ¡El demonio del hampón, ahí de cuerpo presente!

Por fortuna, no obstante su fama y su geniecito, el Chirino se mantiene ahora ecuánime. No sólo; viene a su encuentro quietamente, pausadamente, con la sonrisa en los labios.

—Chirinito, vengo a encontrar a un paisano.

El Chirino le echa un brazo a la espalda. Y Nicho dice:

—¡Ay!... ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡un padre!... ¡que me muero!... Y las piernas se le doblan.

MIENTRAS el tren serpentea, dejando atrás y para siempre, a orillas de árboles y agua corriente, los pájaros del pueblo y el alma del pueblo, Conchita va serena, dueña absoluta de su voluntad, revelándose a sí misma en su propia contextura de acero. No es la madre: madre es la loba, la hiena, la víbora. Es la esposa cristiana que sigue a su compañero, así esté lacrado por las enfermedades, por la miseria, por el vicio o por el crimen mismo. Si la misión de la lu-

La Luciérnaga

ciénaga es hacer más negra la noche con su lucecilla, la luciérnaga, cintilando, cumple con su misión. El tren jadea. El cerebro de Conchita trabaja. Cuando aparece el pulpo con sus millares de tentáculos incandescentes, sonriendo estúpida y siniestramente al cielo estrellado, ella no oye más el jadeo del ferrocarril, porque el de su corazón se lo apaga todo. Dentro de breves minutos se habrá perdido para siempre en las entrañas del monstruo. La tierra negra y fértil va a ceder su sitio a un tejido acharolado y movedizo en millares de lucecillas desarticuladas, rumor sordo de klaxones y timbres, suficientemente poderoso para tragarse en su silencio siniestro todos los dolores, lamentos, miserias; todo lo que se ahoga por debajo y por afuera de las aristas luminosas de los grandes edificios, de las poderosas lámparas de arco que se atreven a apagar las estrellas del cielo. ¡Pobre cielo!... caricatura de cielo... cielo de humo, de vaho, de polvo, de grasa...

Entran con la noche, cuando la vida frenética del oro y del placer comienza a despertar en las entrañas infernales de la bestia. Conchita va quieta y serena con la serenidad de la guillotina o de una cabeza tronchada por la guillotina. En los niños hace ya efervescencia la alegría de la vida. Pasan entre camiones apretados de mugre y andrajos a gran velocidad para que no se interrumpa la cinta púrpura y sello inicial de la etapa de las grandes reivindicaciones. Un

chofer de inmunda cachucha y rostro de patibulario, muestra sus ojos sin brillo y sus dientes blancos, en una risa de insolencia bestial o de cinismo o de imbecilidad perfecta. ¡Quién lo sabe!

—Mamacita, cómprame esa musicota.

Cirilo se ha detenido, encantado, delante de un marracho que infla los carrillos al extremo de una bocina abollada de latón. "Atención! Compre usted su calzado después de visitar los aparadores del Competidor..."

Más delante Nicolasa quiere unos zapatitos de la Giralda. En sus aparadores, una muchacha de catorce años hace el reclamo de la Giralda y de sus piernas admirables.

Armenios barbicerrados y cejijuntos los detienen, metiéndoles en los ojos brazadas de medias, calcetines y corbatas, y las judías de tez morena y grandes ojos negros, carrillos apiñonados, los invitan a entrar en sus tiendas, rompiendo la belleza de sus líneas nazarenas con el aire sórdido del mercader.

El cielo amanece cerrado. Por el balcón del hotelucho de barrio pobre, calle hundida en la niebla, esfumados en un gris uniforme los tubos de acero, los cables, madejas de alambre, bóvedas, pretiles y chimeneas apagadas, el sol, como una burbuja de alabastro que naufraga en el infinito.

—A la calle, niños, vamos al hospital.

Acostumbrados ahora a los silencios repentinos y recónditos de su madre, a sus largas horas de ausencia, gorgean en la calle como pajarillos escapados de su nido. Y un rayito de sol que rasga por un momento los cielos los hace brincar y bailar. Recorren otra vez la avenida del Brasil y el gangoreo de un invertido decrepito, en una caja sonora, les detiene, pese a la prisa de Conchita abstraída en un mundo más ruidoso y agitado que el que van atravesando. "Compre usted su calzado en La Giralda... la Giralda... la Giralda..." Al anuncio extravagante se detienen los transeúntes y oyen un concierto de perros y gatos en un costal. Todas las zapaterías contiguas venden el mejor calzado, todas escupen a quema ropa marchas militares, sinfonías clásicas, canciones mexicanas, coros rusos, jaz de Chicago, y con los gritos huecos de los gramófonos se revuelven los estridentes de los macacos que gesticulan en los camiones: "Zócalo... Viga... Cozumel... Zócalo, Merced..." Un aeroplano papamoscas ruge su despecho columpiándose en el cielo de vidrio deslustrado, sin que nadie le haga caso. Artículo pasado de moda.

En el hospital Juárez informan que sólo los jueves y domingos se permite visitar a los enfermos que no están graves.

—Entonces Dionisio Bermejillo no está grave?

El empleado recorre una larga lista. A Conchita le rebrinca el corazón.

—Dionisio Bermejillo causará alta mañana.

Con lo que basta para que las horas restantes de hotel sean de una lentitud exasperante, atroz.

Otra vez viento, frío, lluvia menuda. En las azoteas, las ropas tendidas a secar ondulan como palomas gigantes batiendo las alas. Calle abajo, siguiendo el arrabal, la vista se dilata, se pierde, asciende luego hasta la arista azulada de la sierra, al filo de un cielo de plombagina.

Hasta los mudos horizontes cansan. Del lado opuesto comienza una serie de cubos de mampostería creciente y sin fin: ojos cuadrangulares, redondos, en ojivas; abiertos en inmensos muros calizos o de ladrillo quemado al rojo, entreverados con bóvedas y techos de zinc negruzco. Pero a medida que más se aprieta el caserío, más mezquina y odiosa le parece la ciudad. "¡Cieneguilla de mi corazón! ¡Mis campos, mis árboles, mi río, mis cerros, mi tierra que comienza más allá de donde nace el sol y no se acaba más allá de donde el sol se mete!... ¡Mi alma!..."

La obra infinita de Dios, inextinguible en la memoria del provinciano que no prevaricó. Sentimiento que acaban de ensombrece los horizontes confinados donde rebulle la vida al compás de una mísera pasión absorbente: el dinero. Ahí donde toda idea desinteresada y noble fracasará en espantosa confusión de lenguas.

En su tristeza enorme e inacabable, los timbres de los tranvías lloran, las ruedas de los carros gimen y el mismo rumor argentino de los chiquillos que juegan en la vecindad tiritita.

Hay que salir. A cualquier parte. Lo importante es que las piernas sirvan de derivativo al cerebro y al corazón. Andar a la ventura; pero andar, pero vivir. —¿Con tanto frío y con tanto aire, mamacita?

Lástima que ella nada oiga. Pasan por una esquina donde un grupo de vagos les tiende sus miradas oblicuas. Saltan un caño de agua inmunda donde flotan gatos y perros muertos de tres semanas. Y nadie repara en el cartelón estúpido: **LAVESE USTED LAS MANOS PARA COMER.** Atraviesan sin temor por entre los hampones a quienes tanto trabajo cuesta mirar en línea recta como pronunciar una frase en lengua cristiana. En sus miradas torvas y en sus labios plegados hay burbujas de odio enconado, de desprecio y de insolencia. Es el mundo de los perros y de los muladares. Perros de todos colores, de todos tamaños y de todas razas. Flacos, mustios, erizos. A muchos les falta una oreja, a otros una pata, los más llevan largas cicatrices en el lomo o en el vientre, de los cuchillos que han probado su filo en ellos. Porque hay gentes humanas, demasiado humanas. Pero siempre hace falta ver correr la sangre. A cuchilladas los espantan de las carnicerías y de los mercados; los

trenes los embarran en sus rieles, los camiones los despachurran festivamente, los zapateros remendones los encueran. Pero ellos son generación espontánea de los basureros, auténticos andrajos ambulantes, y se reproducen como los piojos y las chinches. No produciéndole nada al Fisco, para ellos no hay contribuciones, ni multas, ni mordelones, ni Consejo Superior de Salubridad. Se husmean, se mean; van de aquí para allá, sin objeto, ni pena, sin zozobra, dichosos en la ignorancia de su inutilidad perfecta. —¡Más aprisa!... ¡más aprisa!...

Llegan anhelantes al Zócalo. La noche descende y con la noche la lluvia. Bajo las estrellas caídas de los cables, entre las estrellas ambulantes de gasolina, hormiguea la fatuidad del film eterno para que mejor se aprecie la mole gris de la Catedral, severa de siglos de impasibilidad, bajo su dosel de pizarra insondable.

Conchita suspira con el sentimiento de que esa tristeza sobrehumana que la agobia sin piedad, no está en la tierra ni está en el cielo, sino en cada golpe de su propio corazón.

Al otro día, rendidos, agotados, abren los ojos cuando el sol entra a chorros por entre las maderas mal ajustadas y podridas. A la calle pronto. Al hospital. Ahora no hay más tiempo para pensar ni para sufrir. El frío que se le entraba hasta los huesos, que la

congelaba hasta la insensibilidad, ha desaparecido. Sus labios han dejado de ser rictus coriáceo y sus ojos láminas de acero.

Los de *alta* comienzan a salir. Todavía con vendas blancas en la cabeza, en los brazos, en las piernas, vacilantes, descoloridos, con sonrisas deleznables en sus labios secos, con ojos de nictálopes al medio día. La turba harapienta se aglomera en la reja: en tumulto se estiran cuellos enjutos, se yerguen cabezas greñudas y sucias. Luego vienen las insolencias y los insultos. El crisol donde el viejo dolor de Conchita va a fundirse en el oro líquido soterrado en su conciencia. El *puedo* asciende a su conocimiento y, desde ese mismo instante, se centuplica. Es la obra purificadora de la provincia. Conchita siente el abismo que la separa ¡por fortuna! de los demás. Sin festinación, sin vanidad; como el fuerte frente al cacoquimio, el sano en la cercanía del moribundo: con dolor, con compasión. En vez de la audacia y la ambición conque Dionisio vino un día a la conquista de México, ella trae la esperanza condensada en vulgarísima frase: “¡nunca le faltó Dios a sus criaturas!” Pero esa frase significa para ella la posesión del universo. Y por ella se siente grande y fuerte, y por ella una sonrisa la transfigura. Toma de la mano a sus pequeños y, abriéndose paso a viva fuerza entre la muchedumbre que los injuria y los estruja, va al en-

Mariano Azuela

cuentro del que viene con la cabeza rapada y los pies descalzos, con los ojos turbios donde hasta la última esperanza debió morir.

Y él tiende su mano reseca y fría y sonríe sin sorpresa, sin emoción, sin expresión:

Me latía que tendrías que volver...

Mariano AZUELA

LA TEORIA DEL SUFRAGIO(*)

UN grupo social cuenta históricamente, cuando en él se distinguen todas aquellas funciones que dan permanencia al todo: gobierno, arte, ciencia; pero sólo adquiere personalidad política a medida que la aptitud de las personas que lo forman interviene directamente en el proceso corriente de su estabilidad. Por lo tanto, hay que distinguir en toda unidad social, con su existencia, el rango de su sentido político.

Si bien pertenece a Grecia el concepto de reconocer a los diversos ciudadanos que constituyen la República su derecho a la integración del Estado, en la práctica la desigualdad social —esclavitud e idea de razas que sustenta la sociedad antigua— limita tal

(*) Segundo capítulo del libro en prensa: "Cinco Ensayos de la Revolución Mexicana".

posibilidad. El mismo fenómeno presenta la democracia romana. Por lo mismo, la participación de los súbditos a base de igualdad en los destinos del Estado es un suceso esencialmente moderno, inaugurado por Inglaterra en el siglo XVII y expuesto por Francia en la siguiente centuria. A tal fenómeno contribuyen el desarrollo del intelectualismo y la significación que adquieren en la economía las clases laborantes, que son también una consecuencia del Estado actual. Anteriormente el esclavo existía para el propietario; la máquina y el obrero, que de manera intempestiva adquieren categoría entre los factores integrantes del grupo social, modifican a tal grado su equilibrio que su sentido no se comprende a pesar de que se aprecia la debilidad o firmeza de la estructura social por la participación auténtica que en ella toman tales factores. Hablamos, naturalmente, y es necesario insistir sobre ello, del Estado actual, producto de una voluntad colectiva, no de aquel que subsiste por la fuerza; que si para el jurista puede no haber diferencia en el hecho de que existan estas dos expresiones de Estado, la encontrará el sociólogo que crea que la agrupación de hombres es una invención con fines colectivos de colaboración en el esfuerzo que reclame su integración, y de ventajas proporcionales en los resultados. Por otra parte, no ha de ser muy sincera la creencia de los dictadores cuando aspiran a dar a sus instituciones la apariencia de

que son obra del espíritu público. La abstinencia forzosa o por ineptitud en la vida orgánica de un país, es un estadio de desarrollo o bien un signo de decadencia; pero jamás una categoría de existencia. Que el voto público sea la práctica natural en una cultura desarrollada, no hay que desconocerlo. Cierta proporción en el conocer es fundamental para despertar el espíritu a los asuntos del Estado, que de hecho son el lado externo de los propios. Sin embargo, como en seguida veremos, se ha exagerado la naturaleza de estas perspectivas. Sin dejar de comprender la utilidad de una alta concepción panorámica para intervenir en el Estado, basta con saber sentir el juego de los sucesos; lo que siga, se desprenderá de esa fiel interpretación. Toda sensación, cuando no se embota en el punto mismo donde prendió, se amplía hacia adentro o predomina en el exterior del sér, esquematismo que permite considerar que, a las primeras, pertenecen todos aquellos estados de goce o dolor que no llegan a franquear los límites del cuerpo, quedando de hecho reducidos a un paisaje interior. Este cuadro abarca situaciones que podemos llamar desinteresadas: moral, arte. Las segundas miran a la conservación, atienden a lo inmediato, son egoístas en sus propósitos; ligadas estrechamente a la economía, laboran por incitar el rendimiento, sabiendo que éste se traducirá en comodidad y placer. Durante los primeros y los últimos años de la vida es

cuando se observa el predominio del crecimiento interior de los procesos que origina la sensación: son los estadios de más alto índice ético. En la edad madura, cuando la expansión externa adquiere su máximo, es el momento de los supremos esfuerzos por la mejoría personal, el instante en que se borra la especie para responder el individuo. Hay ascenso en lo moral cuando en cualquier época predomina el crecimiento interior sobre el externo, porque es entonces cuando la voluntad supera el placer de lo mediató para abandonarse a la satisfacción que su desinterés aporta a los otros. Estas situaciones hay que estimarlas como super-civilizadas. Para nuestro objeto hay que conformarnos con menos, simplemente con reconocer que no hay individuo que no aprecie sus necesidades más fundamentales y sepa relacionarlas a las apariencias más próximas. Cierta o falsa, esta relación de causalidad queda suficiente para interesarlo por lo que lo circunda. Atender a tales contingencias significa cumplir con los requerimientos más elementales de su categoría de hombre, ordenarlos, incorporarlos a su naturaleza, transformarlos en parte integrante de su núcleo. La función política más rudimentaria no es otra cosa. Despunta cuando el país deja de ser el patrimonio de una familia o de una clase, convirtiéndose en la representación de un ideal colectivo; se embota, a medida que la arbitrariedad se apodera de estas facultades y nos hace la vida,

excluyendo todas aquellas manifestaciones políticas que no sean la concurrencia con el impuesto y la presencia del súbdito, pero con la cara vuelta hacia atrás. La primera Constitución que en 1824 se da a la República impide la reelección del Ejecutivo, con el propósito de convertirlo en factor coadyuvante en la práctica del voto, restándole, por la imposibilidad de continuarse, interés inmediato en la sucesión del gobierno. Abolida esta prohibición, la restablece en 1877 un movimiento revolucionario. Vuelve a menos en seguida para dar pretexto a una simulación de república que dura treinta años y que acaba por quebrar, como devorada por su propia ficción, el mismo principio que le había dado vida y al que se pretende vigorizar con la fórmula "sufragio efectivo", que trae ostensiblemente el movimiento popular de 1910. Tales sucesos, por su simplicidad, comprueban desde la Independencia el temperamento ciudadano con relación a la estructura del Estado. Las inquietudes, el desvío hacia caminos anormales de su intenso dinamismo, de una pequeñez gubernativa que no sabía preveer para otros usos que no fuesen los de mantener a la colectividad como narcotizada.

Hay que estimar la sinceridad de los propósitos por los medios que se pongan en práctica para cumplirlos. Hemos falseado nuestra historia al discernir significación a personas que han escalado una jerarquía administrativa importante. Podrá considerarse-

les, cuando mucho, como expresión viviente de la ineptitud o cobardía de los demás; pero nunca la audacia será un título glorioso, a menos que las deficiencias que comprende no las convierta en virtudes positivas de la colectividad. El hombre público absorbe el pensamiento de los demás y lo realiza en hechos innegables; siente en acción lo que a las mayorías perturba como ideal. Si en vez de esta función normal impone su mundo, aprovechando los mismos factores que determinaron su advenimiento, lo que hace entonces es falsear la capacidad política del pueblo con un simulacro de instituciones que, además de consumir las energías de la nación en sostenerlas, desvía su educación cívica reintegrándola al estado psíquico de apetitos y de aspiraciones de que pretendió librarse. México está capacitado para el ejercicio de la función electoral de toda democracia moderna; más que eso, la práctica de esa facultad constituye una especie de obsesión que inspira, a través de su historia, sus revoluciones. Si no ha actuado se debe a que hemos acumulado obstáculos en vez de removerlos, como lo exigen sus intentos. No cuenta nuestro pasado con ningún ensayo serio de organización política; y si cien años después de la Independencia promovemos una revolución para conseguir la técnica de la efectividad del sufragio, es porque conocíamos cómo se había subvertido el espíritu de la ley, lo tosco de los procedimientos electorales, su dis-

fraz, su anormalidad. El país no actuaba políticamente, llevaba una existencia extraña al propósito de procurarse su economía, su "confort", su dicha. Pero la función política, para florecer, no basta sentirla, sino que es indispensable darle los medios de su expresión en el tono y las maneras de los asociados. Y es en esta prueba donde el movimiento de 1910 se torna incapaz. En vez de organizar la abrumadora opinión de que había surgido, la traiciona, modificando arbitrariamente la fórmula electoral que fuera el signo de la lucha; principio de males subsecuentes que agigantan el sacrificio heroico de la vida generosa y ejemplar de su iniciador. Una acción revolucionaria que no logra modificar los espíritus, resulta estéril. Alcanzar el poder y no ser el constructor de esa nueva pedagogía, que no otra cosa son las revoluciones, es condenarse al fracaso. La revolución define, dentro de su organismo, estados de espíritu que existen latentes en el país: el encono y la aspiración a una labor propia de los grupos que desde hacía largos años venían siendo despojados, a la sombra de pretextos legales, de sus propiedades rústicas, para con ellas formar los grandes latifundios en donde los campesinos —antiguos propietarios—, trabajaban esclavizados; el rencor de los obreros de todas suertes de industrias, explotados por los patronos con salarios mezquinos, sin compensación efectiva en caso de accidente, vejez, enfermedades, nada que los asegura-

ra y previniera a las contingencias del futuro, cuando agotaban su salud y energía en el enriquecimiento del propietario; el odio de las clases desvalidas, que se encontraban en la imposibilidad de educarse por la escasez de escuelas, quedando la cultura como un privilegio de las grandes ciudades, y el adquirirla como beneficio a una recomendación o a posibilidades económicas suficientes. Frente a estos hechos, la reacción de los grandes propietarios, del clero, de las asociaciones industriales, de los intelectuales; todos solidarizados por sus intereses o prebendas amenazadas por una acción social que exige liquidarlas. El ideal que inició la revolución de 1910, fue fundamentalmente político; pero el pueblo que agrupan las ideas antirreleccionistas lo hace más bien obedeciendo a sus instintos, que ya eran profundos por aquel entonces y que rebasaban los límites impuestos por sus directores. El campesino combate por la tierra, el obrero por coaligarse en un sentido más amplio que lo había hecho hasta entonces, al analfabeto por ilustrarse; todos por un desenvolvimiento económico, agrícola, industrial e intelectual más equitativo. Ante esta ventolera de causas legítimas, los inspiradores de la revolución aparecen achicados; se ve a las masas caminar sin conciencia de lo que quieren y en vez de ser el pensador, el profesionista, el maestro los que las dirijan, se las observa, con excepciones muy contadas, obedeciendo a impulsos de los

temperamentos más primitivos que la necesidad va imponiendo en los diversos lugares del país. Todo se estropea por la ineptitud y cobardía de inteligencias que habían sido preparadas para un progreso que no alcanzaban a sentir más que las clases escogidas de la nación. Las capacidades quedan al margen de los acontecimientos, como avergonzadas, expiando con los excesos de que resultaban víctimas, su falta de sensibilidad por el proceso social que se cumplía en su patria. Frente a los vicios de la política y los errores de la economía —ya que las tierras continúan indivisas, la agricultura escasa, importando el país aun los artículos de primera necesidad; la irrigación acaparada por las antiguas concesiones, el proteccionismo enriqueciendo a las personas en lugar de a la nación, la justicia falseada y la educación insuficiente—los factores conservadores crecen, favorecidos por las clases intelectuales; y aquellos elementos, con una fortaleza improvisada, vuelven trágico el suceder de la revolución al convertir el asesinato en costumbre y los más brutales atentados en métodos de gobierno. Se desprecia la vida; se incendian pueblos con el pretexto de exterminar el bandidaje; se roba; se festeja la desaparición del enemigo; todo lo que choca con la idea de orden que se pretende hacer predominar, el honor, el decoro, es hecho astillas. Nunca los defensores del orden burgués y de las conveniencias materiales, que hacían los intelectuales, tuvieron repre-

sentantes más menguados. Este primer impulso de libertad, que pretende hundirlo el conservatorismo de 1913 recurriendo a los más arbitrarios extremos, exagera los recursos de lucha y completa el descrédito más absoluto de las clases intelectuales del país. La inteligencia había asistido como espectadora o en oposición al derrumbamiento del viejo edificio social, no se mostraba convencida más que por excepción, desconocía las virtudes populares, cumplía sus deberes sin criterio desinteresado y humano. Todo aquel patrimonio intelectual que había formado la dictadura, artistas, profesionales, hombres de ciencia, pensadores, arqueólogos, historiadores, maestros, no concurren con su acierto a guiar los ideales de la comunidad. Pesa sobre ellos la responsabilidad de los desaciertos, la ruina y la destrucción de nuestra riqueza y de nuestro prestigio.

Hay una relación estrecha entre lo social y lo político. Toda acción dinámica de la colectividad tiende a transformarse en una fuerza política, o cuando menos a desarrollar una actividad sucedánea de esa índole. Contamos en México, como ya lo hice notar, con fuertes núcleos sociales de arraigo en las necesidades y aspiraciones de la nación, factores que valen y que deciden de hecho en las circunstancias que se presentan. Núcleos que aplicados a la integración de las Cámaras las acomodarían con sinceridad a su función representativa, dando oportunidad legalmen-

te a que los colores y matices revolucionarios aceleraran la pausa al compás conservador. Aceptando esas tendencias tradicionales, la opinión estaría capacitada para hacer resaltar los errores o las ventajas de los métodos que alimentaron sus necesidades. Expresaría su confianza por la renuncia a toda crítica o violencia, habría capacidad para legislar, convicción en los fines, nobleza en los procedimientos. Esta trayectoria, que debería haber recorrido hasta agotarla el movimiento de 1910, apenas fue advertida, por la ausencia inconsciente de un programa de acción y la falta absoluta de una doctrina política que diera contextura a los grupos, encausándolos con relación a la cultura y aspiraciones democráticas del país. Error que nos volvió a la improvisación de partidos que, no obstante aparentar una representación, se significan por una esterilidad manifiesta, ya que, desarticulados de todos los valores, sin sentido político a pesar de honrosas excelencias, no saben a qué instrumentos deben recurrir para formar y fortalecer la confianza, ignoran cómo se labra un campo, cómo se trabaja una fábrica, lo que es el comercio, la industria, el capital, la higiene, la cultura, en fin, el secreto de todas las victorias. Si anteriormente la dictadura imponía a los funcionarios que sólo el voto público debería autorizar, después de 1910 esa posibilidad, dislocada del centro a la periferia, la ejerce el cacicazgo local y son las autoridades de los Es-

tados las que obstaculizan el sufragio, distribuyendo los cargos de elección entre personas sin nexo con los acontecimientos. Revolucionarios se llaman a sí mismos estas sombras, cuando ya la política como ideal es un fenómeno cumplido. Ahora descansa sobre intereses más próximos a la vida, puesto que los vínculos que soportan el trabajo, el capital, la tierra, la industria, el comercio, la inteligencia, son tan sólidos que intervienen por diversos medios en el desarrollo político del país, quedando su suceder subordinado a los resultados de la forma en que se ejercen tales influencias por medio de los sindicatos, que son la manifestación ostensible de la proyección de esos círculos. La inexacta apreciación de estos fenómenos llevó, como lo veremos en el siguiente ensayo, a la acción revolucionaria de 1913, que se llamó "Constitucionalista" por pretender el restablecimiento de la Carta de 1857 ligeramente reformada por la dictadura, y que se vió en seguida obligada a rectificar aquellas leyes para dar cabida a las impaciencias socialistas que venían arrastrándose desde hacía largos quinquenios. Reforma insuficiente que no satisface los más hondos instintos revolucionarios, porque dejó subsistentes principios derivados de las ideas revolucionarias francesas del siglo XVIII, que desconocen de derecho la intervención de las agrupaciones societarias en la dirección y marcha del Estado. ¿Y qué otra cosa son los sindicatos, que man-

dan de hecho en la vida del Estado actual? Volver sobre lo anticuado de aquella legislación, introducir las costumbres que reclama la revolución, disipar obscuridades, destruir esa secreta antimonía entre la existencia y la ley, haciéndola avanzar hasta su completa madurez histórica, será poner el instante de acuerdo con nuestro temperamento, descartando contingencias peligrosas y vicios que parecen inamovibles.

El trabajo y la distribución de la riqueza controlan prácticamente el resto de las otras singularidades que informan el Estado actual. De esta variación, que priva sobre ideas abstractas, expondremos la técnica.

Bernardo J. GASTELUM

LA CONVERSACION

DE LA MALEDICENCIA

CASI nadie se atreve a ser benévolo por temor de ser aburrido, pero es un error: se sería original.

●

TODO hombre sabe que los demás se equivocan al juzgarlo, pero no que él se equivoca al juzgar a los demás.

●

SI conociéramos a los demás como nos conocemos a nosotros mismos, sus acciones más condenables nos parecerían merecedoras de indulgencia.

PROVINCIANO y de familia austera, me espantaron las primeras conversaciones que oí en París. Anécdotas cómicas o escandalosas sobre todo hombre, sobre toda mujer, divertían a los convidados a una comida. Me parecía que se acusaba sin pruebas, sin bondad; que ser sujeto de semejantes frases era la más terrible aventura.

Al envejecer, se advierte que la universalidad de esas murmuraciones les quita mucha fuerza. Falsas, se olvidan pronto y un carácter siempre se impone. Verídicas, casi no cambian la acogida que se dispensó a quien es objeto de ellas ni aun la amistad que se le tiene. La sociedad castiga solamente los vicios que amenazan destruirla. El mundo existe por la conversación y no podría odiar a los que la nutren.

●

A Henry James, gran psicólogo, hombre grave, le gustaban los chismes por sobre todo *gossip*. "Tan sólo por ellos, decía, se aprende un poco acerca del hombre".

●

SERIA necesario imponerse esta regla: No repetir nunca una frase malévolas sin verificar antes el contenido. Es verdad que, entonces, ya no se diría nada.

TODA murmuración será puesta a prueba. El hombre a quien acabáis de hablar mal de una mujer, la desposará mañana y os cerrará su puerta.

●

A..., que parece de naturaleza bondadosa y aun indulgente, acoge con extraña facilidad cualquiera maledicencia acerca de B... Los dos aspiran al mismo puesto.

●

HAY hombres que alaban a sus amigos como alaban a sus muebles, a su mujer: por vanidad. "La cordialidad, decía Proust, encarece con tanto gusto como el que experimenta la malevolencia al despreciar".

●

LO que los hombres te perdonan menos pronto es lo malo que han dicho de ti.

●

CASI siempre nosotros mismos divulgamos las calumnias que más nos hacen sufrir, desmintiéndolas

La conversación

en presencia de aquellos que no las habían oído nunca.



LA mujer desea que no se hable de sus amores, pero querría que todo el mundo supiera que es amada.



EN ciertas mujeres el orgullo prevalece de tal manera sobre el pudor, que de buena gana confesarían faltas que no han cometido.



DEL mismo modo que se encuentran ligeros vestigios de gas irrespirable en el aire más puro, es posible siempre, por medio del análisis, descubrir motivos bajos en las acciones más laudables. Pero lo único que importa es la mezcla.



NO se debería hablar mal de los amigos con quienes se acaba de comer, en un radio de cien metros a partir de su casa.

CASI siempre, al acercarse a ciertos seres a los que la gente atribuye malas acciones, sorprende ver que la prueba les es a menudo favorable. Esto se debe, quizás, a que la gente se equivoca y transforma con asombrosa facilidad la hipótesis malévola en afirmación; pero puede ser también que la acción censurable no concuerde con el hombre. Hallábase consumada. El culpable mismo la reprueba y no comprende cómo la cometió. Le es tan extraña como puede serlo a los espectadores. O bien, todavía, advierte con tal claridad el encadenamiento de circunstancias que le condujo a una actitud sorprendente, que acaba por hallar ésta natural, y su tranquilidad hace pensar que lo es. Así, con mucha frecuencia, el conocimiento del Hombre cura de las preveniciones contra el Personaje.

●

REFERIR a los amigos conversaciones desagradables que han tenido otros acerca de ellos: envidia que se oculta tras una falsa bondad.

●

EL esfuerzo por enmendar una torpeza hace sufrir más a su víctima que la torpeza misma.

TANTO gusta a los hombres oír hablar de ellos, que les encanta una discusión sobre sus defectos.

●

SE reconoce fácilmente, por su inquieta volubilidad, a los que temen una alusión penosa. Cuando la conversación se acerca a los temas impedidos, una falsa animación denuncia su ansiedad, y sus frases son como esos trenes vacíos que la dirección militar mandaba que circularan por los sectores vulnerables, a fin de desviar un posible ataque.

●

HAY en todo ser puntos sensibles que, a veces, él mismo desconoce. El que irrite uno de esos puntos será profundamente odiado.

Con frecuencia esas regiones comunican con centros secundarios. Admira la emoción que produce tal o cual frase trivial, y es que va a reunirse, por un camino muy oculto, a una de las partes enfermas de ese espíritu.

DEL INGENIO

NO basta con tener ingenio. Hace falta tener el suficiente para evitar tener demasiado.

●

EN el ingenio, como en el juego, es preciso retirarse cuando se ha ganado. No se podría ganar durante mucho tiempo. Talleyrand era ingenioso una vez al día.

●

COMO la comicidad nace de un contraste, es fácil ser divertido cuando se le tiene a uno por serio. Un sacerdote, un ministro, un sabio, tienen gracia a poca costa. El auditorio abona a su crédito la violencia que no le hacen.

●

EL verdadero ingenio no explica. Decía Rivarol: "¿Marie-Joseph? Es el hermano de Abel Chénier".

NADA es más sorprendente ni más delicioso, para un joven, que descubrir una perfecta juventud de espíritu en un anciano.

●

EL hombre tiene derecho a ser natural antes de los seis años o después de los setenta. El cinismo de los viejos es tan exquisito como la franqueza de los niños.

●

ES fácil reír de sí mismo en las cosas pequeñas cuando se admira uno en las grandes. De ahí el perfecto humor de los ingleses.

●

LOS ingleses, desde Wilde, han descubierto el secreto de hacer de la paradoja un lugar común.

●

TENER ingenio contra sí mismo: procedimiento seguro de seducción. ¿Pero se está cierto de que sea honrado? El hombre más modesto que he conocido era también el más vanidoso.

“SIEMPRE miente—decía alguien de F...—pero me es igual: entretiene una mesa”.

●

WALPOLE decía del mariscal de Richelieu: “Se ríe uno antes de saber lo que dice, y con razón, porque no se reiría uno después, ciertamente”. Palabras aplicables a la mayoría de los graciosos de profesión.

●

LAS anécdotas son tan raras que los siglos se las transmiten. “¡No me diga el final!”, fue contada en 1880 de la lectora de la *Vida de Jesús*; en 1925, de la espectadora de *Santa Juana*.

●

MAXIMA de un desmemoriado: “Nada prueba mejor la debilidad del ingenio que el gusto por las anécdotas”.

●

LA anécdota debe introducirse en el momento en que ilustra lo que se acaba de decir. Una anécdota cuya aplicación no se descubre ofende.

RIVAROL preparaba temprano, en la cama, las improvisaciones de la noche. Escribía sus epigramas en tarjetas que colocaba en el marco del espejo y los aprendía mientras se afeitaba.



“NO ha habido más que tres improvisadores—decía Emile Ollivier—Lamartine, Thiers y yo. Ninguno de los tres improvisaba”.



SE quiere que las mujeres bonitas sólo tengan ingenio ocasionalmente. ¿Por qué? Tienen a su servicio, para formarlas, a los hombres más notables.



SUPONE absoluta falta de gracia el usar de ella a destiempo.



LA tosquedad es el ingenio de los tontos y la contradicción su finura.



EN el cuento escrito, un remate demasiado vivo puede disgustar a los temperamentos delicados, pero la conversación es teatro y se necesita del telón.

●

ES difícil crear ideas y fácil crear palabras; de ahí el éxito de los filósofos.

●

NO terminar nunca, a ningún precio, una anécdota, un discurso, interrumpidos por una llegada o una despedida. Es avaricia del ingenio recoger las ideas caídas.

DEL SILENCIO

A menudo, un pensamiento secreto y peligroso cruza al mismo tiempo por el espíritu de dos personas que conversan. Cada cual sabe lo que piensa la otra; sin embargo, no se habla de ello y la idea importuna se retira como esos aires que se acercan, se alejan, se extinguen, sin que se haya visto a los músicos. Hay silencios hablados.



LA conversación sin silencios no produce nada. Hacen falta períodos de gestación.



LA gran señora de casa no se inquieta por un silencio. No da el alerta. Acoge el silencio y lo vuelve amable.



LA mujer que tema una escena de amor o de celos debe evitar los silencios porque, entretanto, se pueden tomar resoluciones y la amplitud de la pausa permite el cambio de tono sin disonancia.



LO que los hombres llaman "charlatanería" de las mujeres es frecuentemente pudor.



LOS hombres temen al silencio, lo mismo que a la soledad, por horror al vacío de la vida que uno y otra dejan descubrir.

CUANDO su salón se vacía de golpe, ve a la muerte. (Lacretelle).

●

COMO llevara Schumann a una mujer a dar un paseo en bote y no pronunciaran una sola palabra en dos horas, le dijo al despedirse: ¡Qué bien nos hemos comprendido hoy!

●

UN joven puede permanecer en silencio durante toda una tertulia, sin ponerse en ridículo, siempre que la única frase que diga sea brillante o delicada.

●

BARRES decía: "Las tardes en que me siento incapaz de ser inteligente finjo que me aburro".

●

LOS atrevimientos amorosos deben ser ejecutados, no hablados. Los ademanes son menos imponentes que las palabras y el silencio protege a la pureza en el plano intelectual.

●

ES delicioso que, habiéndose producido paralelamente en la sombra dos silencios, los dos espíritus reaparezcan de pronto, lado a lado, con la misma frase. Así, a veces, un fuerte ritmo esconde en silencio, para el oyente, una larga pausa musical, y el placer proviene de que la *reprise* surgió en la imaginación al mismo tiempo que en la orquesta.

DE LA CONVERSACION-ACCION

NO se crea que los negocios se tratan como operaciones matemáticas. Un hombre mediocre, pero voluntarioso, hará firmar un documento peligroso a un hombre inteligente, pero débil, que sabe que se pierde y, sin embargo, firma.



EN la conversación, como en la guerra, basta con tener un cuarto de hora más que el adversario. La tenacidad prevalece sobre la razón, sobre la elocuencia, sobre la ciencia. Reduce a silencio por fastidio.

UN buen razonamiento se debilita si se repite demasiado. Parece que el espíritu, como la sangre, fabrica antitoxinas y puede ser mitridatizado aun contra la evidencia.

●

EN una conversación cuyo fin debe ser la decisión, el valor de los argumentos es menos importante que el orden en que se les presenta. La sorpresa es necesaria, como en el combate.

●

LA mayoría de los hombres es aún más perezosa que ambiciosa; de ahí el éxito de los imbéciles.

●

LO difícil en una discusión no es defender uno su opinión, sino conocerla.

●

“SUCEDÉ —dice Paulhan— que algunas opiniones sensatas *no prenden*, no dejan huella de su paso. Es poco decir que no son escuchadas. Parece que no son

oídas siquiera. El fracaso puede deberse a un defecto de quien las emite: a su timidez, por ejemplo. Un adagio malgache observa, a este propósito, que al huérfano, aunque diga las cosas más justas, no se le entiende. Es que no dispone de la confianza que da el cariño de los padres". Muy exacto. La recíproca es cierta: ocurre que ideas triviales y aún absurdas son escuchadas con admiración cuando el que las sostiene pasa por conocedor. Si el señor de La Palice fuera economista, sus opiniones aparecerían en la primera plana.



EN el mundo, como en el teatro, conviene tener un papel: el público necesita saber si debe reír o admirar.



LOS lugares comunes del especialista tienen un encanto de que carecen los demás. Le oímos con paciencia enunciar verdades primarias que no gozarían de favor por un instante si las dijésemos nosotros.



LA voz debe ser tanto más dulce cuanto más firme sea la resolución. Una sonrisa corrige felizmente la violencia de un mentís.

●

EMPEZAR por exponer sólidamente el punto de vista del adversario ya es quitar a éste mucha fuerza.

●

LA experiencia no procura más placer que el de transmitirla.

●

EN una conversación diplomática importa cubrirse con los principios mismos del adversario, a fin de evitar el sofisma.

●

HAY fintas en conversación, como en esgrima. Un hombre de sangre fría puede, sin peligro, descubrirse un segundo para obligar al adversario a que enseñe su juego.

ME sé tan fácil de convencer que ningún razonamiento me convence ya.

●

PARECE que en ciertos hombres no hubiera vínculo alguno entre el juicio y la decisión. Ceden en todos los puntos, otorgan todo: "Tenéis razón", y el asunto parece arreglado. Al fin, advertís que no han cedido un ápice y que todo quedó en duda.

●

LA autoridad se compone o de cierta lentitud de elocución o de una fuerza tranquila; siempre de la certidumbre de ser escuchado. Las palabras se desprenden del conversador y caen con todo su peso. El hombre sin autoridad tiene siempre el aspecto de reprimir las suyas, de recogerlas; se avergüenza de sus frases antes de terminarlas.

●

SE podría escribir la ecuación: edad + volumen de la voz = constante. Los niños de pecho y los jóvenes

André Maurois

predicadores aúllan para que se les oiga; a los viejos, que ya no tienen voz, se les escucha, sin embargo.



EN la vacilación, y aun en el balbuceo, hay cierta modestia que agrada mucho al auditorio inglés. "Aprended a tartamudear", aconsejaba un viejo ministro a un neófito de los Comunes.

André MAUROIS

Traducción de José Gorostiza.

MOTIVOS

AÑOS DE APRENDIZAJE Y ALEGRÍA

(NOTA AUTOBIOGRAFICA)

HAY en Aragón enormes extensiones donde apenas crece sino un poco de esparto. En una de ellas, a distancia de unos pocos kilómetros y de algo más de un siglo, nació Goya y nací yo. El en Fuendetodos y yo en Codo. Como Goya fuí a Zaragoza y como Goya caí después en Madrid. Uno a pintar muy bien y otro a escribir como se puede. Me gustaría desterrarme también por algo y morir, como él, en Burdeos o en China. Esto me será fácil. Aunque me gustaría mucho más tener duquesas desnudas que pintar—tropo a tropo, claro es—después o al mismo tiempo de haberme derretido de amor por ellas. (Ya comprendo lo difícil de realizar esta última parte del itinerario goyesco, pero mi de-

voción fatal por Goya es superior a todo, y—fatalmente—debo hacerlo así constar en mi programa de ambiciones).

Me gustaría, además:

Ser tan exuberante como Goya y tan alerta como mi segundo genial paisano y maestro, Baltasar Gracián. Es decir: Llenar los museos literarios de libros opulentos, pero magros; incandescentes, pero de llama cautiva en transparente cristal; voluptuosos, pero de sensualidad puesta en tortura de razón; vivaces, vivarachos, quizá, hasta el aturdimiento, pero de inquietud siempre armonizada; libres, pero de ruta bien clara y hondo cauce.

Dar, en fin, a mi prosa, el vigor plástico, la seducción epidérmica de Goya y la densa musculatura, el segundo término profundo de Gracián.

Hablo de ambiciones, de deseos... Pero esto ya es algo. Como lo deseo ardientemente, como apenas deseo otra cosa en el mundo, creo que lo conseguiré. Comienzo ahora a escribir y pido un plazo para acabar de aprender mi oficio —o mi arte, las palabras no me asustan—. Lo seguiré pidiendo siempre. Y en mi libro "Años de aprendizaje y alegría" contaré lo divertido que es llenar cuartillas y romperlas, burlarse de lo escrito meses antes, leer muchos libros y arrojarlos ya exprimidos, descubrir personalmente a un autor, arrancar el antifaz a un falso estilo...

Y ya quedan anotados los nombres de mis dos grandes animadores artísticos: Francisco Goya y Baltazar Gracián. (Ha podido alguna vez creerse que yo venía de más allá de los Pirineos. Yo mismo lo he creído... ¡No, no! Tenía cerca, muy cerca de mí, cunas más fértiles).

TEMO escribir mi biografía. Tampoco siento ahora deseos de contemplar la cadena completa de mis pasados *yos*, indecisos, borrosos, pruebas de mí mismo que debo respetar y compadecer como a mi prójimo. Ni puedo escoger de entre todos ellos un ejemplar de los días festivos para hacerlo pasar por el hombre de todos los días—como se suele hacer—. Precisamente me canso de decir que al escritor sólo se le conoce por su traje de diario. Al escritor y al hombre. Además, esta nota no debe crecer desmesuradamente. Por eso, de todos mis recuerdos, elegiré dos o tres. He aquí uno, el primero que emerge de mi infancia, en orden rigurosamente cronológico. Lo cuento, porque también es el primero en que—ahora lo veo—me sentí escritor.

Era yo tan niño—de cinco a seis años—que, sentado en el último peldaño de la escalera de mi casa apenas tocaba el piso con los pies. (Recuerdo cada período de mi infancia por la altura de las cosas sobre las que solía sentarme: otros podrían recordarlas por la altura de las cosas a las que les gustaba trepar). Acababa de aprender a leer, y ya había devorado algunos de los libroles que mi padre guardaba en un armario—otra vez diré los títulos—. Apenas comprendía nada de ellos. Eran crueles historias de pícaros españoles que en seguida me hicieron aborrecer todo lo castizo, o complicados folletines en dos o tres tomos que me abrieron el apetito de continuarlos con la espada y con la pluma. Pero todos aquellos libroles estaban mugrientos, destrozados. Algunos habían perdido el comienzo y el fin. Mi fantasía se torturaba ya añadiéndoles capítulos... Aquella biblioteca era un desastre—los buenos libros, los bien vestidos, habían sido sacrificados para pagar una deuda—; yo deseaba frenéticamente, con mi frenesí de cinco años, poseer libros como los del cura y los de don Felipe, con lomo azul o rojo, con letras de

oro fresco, reluciente... Pero sólo podía maniobrar entre despojos.

Hasta que una mañana...

Lo recuerdo muy bien. No, no habría cumplido aún seis años. Entró en el patio de mi casa un hombre vestido de negro, con un envoltorio bajo el brazo; se dirigió a mi padre que cortaba no sé qué —un pantalón o una capa— sobre una mesa de roble; mi padre le recibió friamente, pero el viajero, muy cortés, abrió su envoltorio y le mostró un gran lote de libros flamantes, preciosos libritos rojos, verdes, amarillos; libros más tallados enfundados en piel negra, con letras de oro, como los del cura y los de don Felipe. Los libros se desparramaron sobre la mesa ante los ojos ceñudos de mi padre, ante mis ojos voraces, ante mis manos inquietas que hubieran querido acariciarlos, mimarlos despacito como a juguetes caros... El viajero de luto hablaba del precio. ¡Baratos, baratísimos!

Pero de pronto, bruscamente, mi padre rechazó los libros; lanzó al rostro del viajero una frase... —la recuerdo, la recuerdo perfectamente; pero no quiero decirla: todavía no se pueden contar estas cosas en España. Por primera vez oí el nombre de Lutero.

El pobre viajero envolvió su mercancía y salió—recuerdo también sus palabras de despedida, pero tampoco debo repetirlas: aún no pueden contarse estas cosas en España.—Salió, llevándose mis ojos, mis manos, mi inquietud de bebé por acariciar alguna vez un lindo juguete: un libro, un libro nuevecito, con letras de oro bien reluciente.

(En el cuaderno—yo lo guardo—donde se anotaban todos los grandes y menudos acontecimientos de mi casa, leo esta mañana—una de abril de 1930—bajo la fecha de mi nacimiento y el nombre de mi madrina: "Este niño, a los cinco años y

M o t i v o s

medio, sabía leer en todos los libros y le señalaron lección del catecismo y se la supo al primer día”.

En todos los libros... Pero, ¿qué libros tenía yo entonces, señor?)

OTRO día, recordaré algunos curiosos lances de mi vida, espumados de esto que un joven de 1830 llamaría “ola amarga de aflicción”. Mi vida sólo podría contarla ese joven, porque es tema para él. Yo soy de 1930 y, aunque admiro a los románticos y estoy escribiendo una cosa muy larga que se titula “Zumalacarregui, el caudillo romántico”, no me decidí a emplear mi propia vida como tema de estilo triste. Yo soy algo más, quiero ser algo más que un hombre; quiero ser un artista. Y el artista es libre para elegir su tema. Como el de mi propia vida no me sirve, le desdeño; y, en el caso—como el infausto de hoy—de verme obligado a escribirla, pues... la escamoteo. Seré el Frégoli de mi biografía. Prefiero decir lo que no he sido, lo que no voy a ser, en vez de decir lo que fui y seré. Por ejemplo:

Yo no pude nunca ser niño prodigio.

Se prueba: Tenía yo quince años. Aquel curso—cuarto de latín y humanidades que estudié en la Universidad Pontificia de Zaragoza—había obtenido mi acostumbrado *meritissimus* por no saber la asignatura de *Retórica* y *Poética*—que nunca aprendí—, y en premio a mi auténtica tonelada de quintillas, sonetos, décimas—entonces se construían pocas: apenas habían nacido los doscientos treinta y siete imitadores de mi querido poeta Jorge Guillén—, seguidillas, aleluyas, octavas reales y otros versos libres y ceñidos que fui pacientemente elaborando a lo largo del curso. Llegó junio y, con él, las vacaciones. De todo mi arsenal que no me atrevo a llamar

poético, destacué dos o tres cosas con el pueril deseo—tenía quince años—de obtener un aplauso familiar. Llegué a mi pueblo y a mi casa—nadie salía nunca a esperarme—; saludé a los míos; aguardé como siempre—infantilmente—a ser preguntado por el éxito de mis exámenes—nadie me lo preguntaba nunca—; desenvainé gallardamente mis décimas, decidido a cantar no sé si al Ebro o al Moncayo; aventuré la noticia de que en aquel año había yo sufrido una gran transformación: me había hecho poeta...

Aún estoy viendo el brusco ademán de mi padre, de mi padre que hacía coplas y romances de ciego—algún día escribiré su biografía—. No quiso oír mis décimas. Dijo, taxativamente, estas palabras:

—En mi casa nadie escribe versos más que yo.

Y yo, con mis décimas al Ebro o al Moncayo bajé mi cabecita a pájaros y *escondí desde entonces, en mi casa y fuera de ella, mi presumida calidad de escritor*. Y, esto, durante muchos años, durante muchos años, durante muchos años.

Por eso mi vida ha sido tan alegre: porque llevaba dentro de mí un gran secreto capaz de exaltarla a todas horas, capaz de hacerla brincar sobre todo eso que un joven de 1830 llamaría "ola amarga de aflicción". Era alegre, porque nunca fui niño prodigio, porque toda mi juventud fue pura esperanza. Era ya un joven maduro cuando se destapó el secreto. Un día —habían muerto mis padres— fue reconocida la utilidad de mi locura. Llevaba yo en mi maleta el libro de Guillermo de Torre "Literaturas Europeas de Vanguardia" con una larga y cordial dedicatoria. Al ver mis hermanos aquel libro tan voluminoso y tan cariñosamente dedicado, comenzaron a mirar con respeto mi supuesta locura. ¡Ya, efectivamente, era yo un escritor viable y cotizable! (A ti, querido Guillermo, te lo debo).

PERO ni éste ni otros lances han hecho en mí gran mella. He pasado por todo como un sonámbulo, entornando los ojos, rumbo a no sé qué tan fatal como cada peripecia. Ni había por qué lamentar hostilidades del camino ni regocijarse mucho por una más blanda estación de término. ¿No tenía ya, bien elaborada, una intimidad? Pues el hecho de conservarla intacta, de poder refugiarse en ella, era ya la mayor alegría. ¿A quién y de qué, podía yo reprochar nada? ¿Ni a quién y de qué podemos dar gracias por nada? El auténtico escritor escribe como el manzano da manzanas. El que alguien recoja o no, admire o no, las manzanas, es una cosa indiferente para el árbol. El cumple su misión produciendo: allá los otros recojan o admiren o desdeñen. El hombre sufre o goza, nace aquí o allá, como una mata de esparto o una palmera, como un perrillo cae en manos de un mendigo o de un duque. No hay por qué lamentar nada ni agradecer nada, sino admitir la vida tal cual se nos ha dado, y admitirla con sus más gratas consecuencias. *Cumplir nuestro destino* alegremente. (Y aquí asoma—como asomó y asomará tantas veces—mi excepcional e inquebrantable devoción hacia las ideas y hacia la persona del maestro José Ortega y Gasset). Hablé de mi intimidad, y es justo decir que alguien la ha compartido. Alguien no esperó una larga dedicatoria—en un largo libro—para creer en mí. Acaso, de otro modo, no hubiera yo podido resistir tan abrumadora, tan densa, intimidad. Ese alguien, mi mejor amigo, el más comprensivo y dócil, es mi mujer.

ADEMAS de mi alegría profunda, yo he disfrutado de otros júbilos menores. Por ejemplo: me ha divertido siempre con-

templar al falso escritor; cómo brota de la nada, cómo evoluciona, gesticula y muere.

Veréis. El falso escritor escribe su primera cuartilla y, previo el aplauso doméstico, de hogar o de club, la declara genial. Para él no hay aprendizaje. Un zapatero genial también haría unos zapatos de princesa el primer día de coger la lezna, ¿por qué un escritor genial no ha de escribir un artículo de lujo el primer día de coger la pluma? El eco del prodigio se propaga, crece, retumba en los periódicos amables. Entretanto, se prepara una segunda cuartilla que, a los pocos meses, y en medio de la general expectación, se lee al grupo, en el hogar o en el club. Un día se proclama a todos los vientos la genialidad del falso escritor. Mientras el verdadero se acoquina bajo su aluvión de cuartillas desdénadas, rotas, arañadas por la propia censura; y deja pasar—indiferente—el cortejo de los que proclaman el genio de una sola cuartilla, pero inmortal. A veces, no era preciso escribirla; bastaba con la intención de producir el suceso para que la genialidad fuese igualmente proclamada. Y con estas intenciones y algunas cuartillas ya escritas e inmortales se forjaban proyectos de revistas y de libros y, en efecto, alguna vez se elaboraban esos libros y revistas, visibles y legibles por el grupo, semilleros de escritores auténticos pero también refugio—y tribuna—de los falsos escritores, del aficionado y del nuevo rico permanente de las letras.

Cuando yo—paleta asombrado de la literatura—llegué a rozar esos grupos, vi con sorpresa que mis impuros borradores también podían alojarse en aquellas inmaculadas revistas. ¡No sabían lo que les amenazaba! Mis impuros borradores adoptaban no formas *unicuartillares* sino de resma. ¡El diluvio! (¡Y mi secreto!) Sucedió algo terrible. Casi todas

las revistas de aquí y allá, de Madrid, de España y de América sintieron la pesadumbre de mi fértil impureza. Y mi estupor creció cuando advertí que siempre era solicitada. Mis borradores se multiplicaron como las arenas de la playa y las olas del mar. Y yo, yo que desde hace tanto tiempo sueño con escribir mi libro "Elogio de la impureza", fui declarado "puro" por todos los "impuros" y por muchos de los "puros". ¡Pintoresco destino!

(Mis buenos camaradas: Con la pureza sólo puede construirse un sonajero o un pareado. Pero el *Fausto* y la campana de la catedral de Toledo están llenos de impurezas).

ERNESTO Giménez Caballero escribió unas líneas que quiero aquí transcribir, porque —aparte su cantidad de elogio que yo no puedo juzgar— reflejan la verdad de mi ingreso en la vida pública de las letras españolas. Estas palabras que tanto he agradecido y agradezco, constituían la convocatoria de un banquete con que fui obsequiado en 1929; convocatoria que firmaban además de Giménez Caballero, Azorín, Ramón Gómez de la Serna, Fernando Vela, José Lorenzo, Corpus Barga y Antonio Espina. Decía así:

"Benjamín Jarnés no necesita otro manifiesto que el de la simpatía. Condensada —un feliz momento— en este banquete. La simpatía con que ha sabido circundar su vida de joven escritor. No es Benjamín Jarnés hombre de aristas ni de agresiones. Su vanguardismo ha sido silencioso, tenaz e irónico. Amigo de los viejos, los ha ido dejando elegantemente, detrás de sí, con ninguna protesta de ellos. Amigo de los

jóvenes, se ha ido poniendo delante, sutilmente, con ninguna protesta de ellos. Ni rojo ni negro. Su política: la cordialidad. Su agresión: el talento. Su defensa: la modestia. Vino de la provincia más provincia de España: Zaragoza. Vino de ser clérigo a Madrid. Pero Madrid le invistió pronto de alta dignidad. Hoy es ya un joven jerarca. Su "Profesor inútil", sus "Ejercicios", este "Convidado de papel", que festeja ahora la benemérita "Historia Nueva"—junto a la promesa del próximo "Salón de estío", que festeja ahora anticipadamente "La Gaceta Literaria"—le han hecho a Benjamín Jarnés digno de un convivio. De un convivio digno. Puro. Desinteresado. Al que convocamos, nosotros, firmantes".

A las cordiales palabras con que se me ofreció el homenaje, contesté:

"Muchas gracias, señores.

Y ahora me permitirán hacer lo que —plagiando al admirable Azorín— pudiéramos llamar: "Confesiones de un pequeño novelista". Seré breve.

Hace unos años, al comienzo de mi auténtica vida literaria, leí en una novela estas palabras: "Necesitamos sacrificar siempre un sobrante de inteligencia, para hacernos perdonar el resto".

Tuve la impresión de tropezar con un truco magnífico, y decidí ponerlo en práctica. Malamente, porque de esa supuesta inteligencia yo sólo tenía la destinada al sacrificio, no el resto. Como un financiero pobre que sólo cuenta con el dinero de su portamonedas.

Es decir, que realicé mis ilusorias existencias para adquirir un poco de *talento de bolsillo*.

(Talento de bolsillo, insignificante para las altas especula-

M o t i v o s

ciones de Bolsa, quizá suficiente para realizar pequeñas transacciones, menudas compras en la feria de la cordialidad). Gasté entre ustedes mi talento de bolsillo. En buenas manos ha caído, porque hoy se juntan aquí para devolvérmelo. Por eso merecen estas pequeñas confesiones; por eso merecen que les revele el truco de esta cena.

Yo me acuso, señores, de haberme estado organizando esta cena durante cinco años, desde que mis queridos amigos Ortega, Morente y Fernando Vela, me invitaron a colaborar con ellos. Yo me acuso de haberme gastado todo mi talento de bolsillo —el único que tengo— en prepararme este agasajo. Que sirva el hecho de lección a los jóvenes amigos que ambicionen esta pequeña gloria de unos postres con retórica. Porque la riqueza de un hombre no se suele medir por sus grandes existencias en valores, por sus éxitos de Bolsa, sino por su talento de bolsillo, por ese sobrante, capaz de hacer perdonar el resto, aunque exista.

Este es, señores, mi truco. Una mala lección. De un *profesor inútil* no podía esperarse otra mejor.

Nada más”.

LA novela a que aludí es mi PAULA Y PAULITA publicada en 1929 por la *Revista de Occidente*, donde también he escrito: “Me posee tal afán de quieta armonía que no sufro choque alguno emocional con mis amigos. No me importa elaborar precipitadamente una opinión o un goce estético paralelos al suyo, a trueque de no romper los lazos que me sujetan al resto de la humanidad. No me tolero idea alguna que no vaya del brazo con la de mi camarada. No creo en el diálogo—fábula

platónica—y enderezo siempre mi monólogo exterior en el mismo sentido de los otros.

Frecuentemente me olvido de que soy interlocutor, y, por seguir atentamente el hilo del pensamiento ajeno, pierdo todos los enlaces con el mío. Suelo ver en todos tal decisión de mantener un criterio, que al punto decido no privarles de su derecho de propiedad.

Todas las ideas son del primer ocupante, como las sillas del paseo. Yo suelo acudir siempre un poco tarde, y no me queda otro goce que el de pasearme entre ellas, ganando, quizá en agilidad lo que pierdo en firmeza".

Yo mismo no sé hasta qué punto estas frases del personaje de PAULA Y PAULITA podrían serme atribuidas. Las escribí en un momento de risueño humorismo. Al menos interpretan el estado feliz de aquel y otros momentos semejantes que tanto abundan en mi vida.—Benjamin JARNES.

LITERATURA DE LA REVOLUCION Y LITERATURA REVOLUCIONARIA

RECIENTEMENTE se han publicado las traducciones al inglés y el francés de nuestra novela de guerra, "Los de Abajo" de Mariano Azuela, que vertida a lenguas extranjeras inicia el camino del éxito universal. En inglés *The Under Dogs*, editada con la perfección material que acostum-

M o t i v o s

bran los norteamericanos, la ilustra José Clemente Orozco pintor, como Azuela, de la revolución mexicana; hizo la traducción nuestro colaborador Enrique Munguía jr., dueño de la cultura de ambos idiomas y un turista literario, Mr. Carleton Beals, escribió el prólogo. Con mayor fortuna en Francia,—nos referimos nada más al prologuista—la obra de Azuela presta a Valery Larbaud la oportunidad de estudiar, con la profunda mirada, comprensiva y atenta, del crítico versado en lo que estudia, el nuevo ambiente de la producción artística mexicana acertando en puntos de actualidad, todavía nebulosos para algunos, como el de la discutida calidad revolucionaria de la nueva literatura mexicana alejada de los hechos y recuerdos de la revolución que "Los de Abajo" reflejan con desinteresada fidelidad, carácter que aprovecha el distinguido autor de Fermina Márquez para situar, con justicia, la obra de Azuela dentro del mejor panorama de la novela en el Siglo XIX. Ceux d'en bas traducida al francés con respetuosa exactitud por M. J. y J. Maurín alcanza ya la décima edición—al rededor de diez mil ejemplares vendidos—éxito que corresponde por partes iguales al autor de "Los de Abajo" y al lector francés tan ávido como bien preparado.

En Francia los literatos, siempre atentos al movimiento universal de la cultura y al desarrollo de la sensibilidad artística del mundo, han logrado, perfeccionando el arte impersonal y difícil de la traducción, llevar a sus lectores los mejores frutos—a menudo los más tiernos—de la inquietud y el pensamiento de Asia y Europa. Ahora vuelven los ojos al nuevo Continente y atentos al crecimiento de la producción americana traducen a Waldo Frank (Notre Amerique, trad. de Hélien Boussinesq. N.R.F. City Block, trad. de Pierre Sayn

et A. Cuisenier. N.R.F. 1929. Jour de Fête trad. A. Cuisenier N.R.F. 1930), a Mariano Azuela, a Martín Luis Guzmán (*El Aguila y la Serpiente*); a Ricardo Güiraldes (*Don Segundo Sombra*), y, además, para acentuar el conjunto relativo al idioma, continúan la versión de los clásicos españoles (Quevedo, estudio de René Bouvier, trad. de M. Jean Camp, Paris chez Honoré Champion 5 Quai Malaquaiar) completando tan nutrida información con la revista panorámica de las literaturas de lengua española que ha emprendido la editorial Kra. (Panorama de la literatura española por Jean Cassou. Panorama de la literatura mexicana por Alfonso Reyes, próxima a aparecer).

Sabemos que "Los de Abajo" y "El Aguila y la Serpiente"—aquella más íntegramente artística—son, hasta ahora, las obras mejores de nuestra literatura de la revolución por sus cualidades específicas que otros escritores afechos a los mismos temas no han logrado alcanzar, pero la curiosidad que despiertan en el extranjero ¿se debe, en buena parte, a la interpretación que ofrecen de la vida mexicana revolucionaria que los diarios de todo el mundo se han encargado de propagar? (1) En la actualidad la escasa literatura mexicana con tema revolucionario—lo que es distinto a la literatura actual, revolucionaria, de México—tiene mayor significación para el público extranjero que para el progreso de la cultura y el desenvolvimiento artístico tradicional en nuestro país, porque como en sueltas Notas de Conversación decíamos (CONTEMPORANEOS, número 18) "el arte es revolu-

(1) De las obras de Azuela preferimos, como Valery Larbaud, La Malhora, artística interpretación de ambiente mexicano sin truculencias revolucionarias y, sin duda, la obra maestra, hasta hoy, del novelista ¿Por qué no se eligió para la traducción esta obra?

M o t i v o s

cionario por sí y en sí mismo. El tema cristiano no define la calidad artística de los pintores del Renacimiento".

El tema de la revolución no creará nunca para nosotros la literatura revolucionaria, nueva en su concepto estético y en su propia expresión; autóctona dentro de la cultura heredada y abonada durante siglos con fisonomía particular; enraizada en la más profunda vertiente de la sensibilidad peculiar de México y enemiga de viejos moldes. Valery Larbaud lo advierte con aguda percepción en el estudio preliminar de la traducción francesa de "Los de Abajo" cuando, refiriéndose al renacimiento de la civilización mexicana realizado dentro de los márgenes temporales de la revolución, anota que "el tono, la actitud y la atmósfera de las obras producidas indican, claramente, el triunfante autonomismo de la vida intelectual del México de hoy".

Lo que logró hacer la revolución mexicana con la nueva generación de escritores, puestos desde la infancia a comprobar la amarga realidad de esa revolución, fue convencerlos de la existencia de una sensibilidad personal, mientras más personal más genuinamente mexicana, en donde había que ahondar sin retrasarse con la cultura del mundo. La realidad profunda, oculta hasta entonces, prestó a aquellos adolescentes la experiencia necesaria para madurar con rapidez haciéndoles ver con sus propios ojos el mundo que les rodeaba, sin influencias extrañas pero con la información necesaria a sus espíritus conscientes. En vez de entregarse a la realidad inmediata, a la carne de la revolución, a los hechos pasajeros que podrían haber sido temas más o menos vivos y vividos, prefirieron darse al espíritu nuevo de su país, a la entrañable búsqueda de formas tradicionales y profundas, concentradas en su propio sér. Esfuerzo equivalente a la identifica-

ción del carácter nacional que intenta el país con la revolución procurando, también, encontrarse y conocerse a sí mismo.—B. ORTIZ DE MONTELLANO.

D. H. LAWRENCE (1886 - 1930)

ESCONDIENDO su rostro dentro de una mata exuberante de pelo y barba rojizas y paganas, sosteniendo sus espaldas angostas un cráneo bien torneado y enorme y penetrando esencias a través de un par de ojos de limpidez azules, D.(David) H.(Herbert) Lawrence, con las puertas de su morada abiertas de par en par ante

"les grands pays muets qui s'étendent longuement",

vivirá, con la madurez de los—sus—cuarenta y cinco años, en el seno de la literatura inglesa. Por haber sido, en vida, espíritu contemporáneo, y, sobretodo, en un sentido estricto, contemporáneo de mediatas épocas venideras—en cuanto cabe ahora predecir la ulterior validez de su Weltanschauung—, es difícil que llegue Lawrence algún día a morir del todo o siquiera a envejecer o a invalidarse, visiblemente, como Conrad y Hardy, por ejemplo. Digno de la tradición de Swift, de Thackeray y de Butler, es con Joyce y Aldous Huxley, uno de los tres grandes novelistas ingleses.

A diferencia de Balzac o de Dostoiewsky, como novelista no modela Lawrence personajes de relieve, ni tampoco, según la escuela de Flaubert, medita sus tramas desde un cielo re-

moto e inhumano: "au point de vue d'une blague supérieure, exactement comme le bon Dieu voit les choses d'en haut". Se parecen en el sentido en que es difícil distinguirlos, Will y Anton (THE RAINBOW), Birkin y Gerald (WOMEN IN LOVE), Ramón y Cipriano (THE PLUMED SERPENT), el protagonista de KANGAROO y el campestre amante de *Lady Chatterley* (1). Aunque más corpóreos, sus personajes femeninos, con frecuencia, se confunden vagamente los unos con los otros. Individualista primero, anarquista y nihilista después, Lawrence pretendió vivir en paz consigo mismo—por medio de sus personajes alternadamente femeninos y masculinos—, antes de abordar, o siquiera antes de interesarse por un problema resultante más objetivo y complejo: la vida en sociedad; de ahí que el perfil de sus personajes, en oposición a la turbulencia de sus espíritus, no haya sido engañosamente claro, o, menos aún, clásico o neo-clásico; de ahí que en forma gradual aunque notable, el estilo en él, por secundario, sea desaseado, bronco, y a veces incoherente y que sus temas, estando él desnudo con los brazos en cruz ante los enigmas de la realidad, hayan sido apenas excusa para dar cabida estructural a una prolongada serie de comentarios en

(1) La edición original de esta novela: *Lady Chatterley's Lover*, fue impresa en Florencia, en 1929, a expensas del autor; lleva la portada siguiente: / *Lady Chatterley's Lover* / by D. H. Lawrence / Florence / Privately Printed / Price One Guinea. / La segunda edición es fotografía de la anterior y su portada dice: / *The Author's Unabridged Popular Edition / Lady Chatterley's Lover / including / My Skirmish With Jolly Roger / Written Especially and Exclusively as an Introduction to this Popular Edition / by D. H. Lawrence / Privately Printed / 1929 / Price Sixty Francs. / (12º rúst. pp. VIII, 366). En el prólogo narra el autor que existen cuatro ediciones piratas impresas en los Estados Unidos, dos en Alemania, y una en Francia, y que cada una de ellas se cotiza desde trescientos hasta quinientos francos, y desde quince hasta cincuenta dólares. Con motivo de la muerte de Lawrence, es claro, cobran valor singular los ejemplares de las ediciones auténticas.*

torno de la digresión relevante: el hombre y la naturaleza, la mujer y el amor. Toda la obra en prosa (2) de Lawrence —treinta volúmenes—, es un panorama que, sin coincidir congruentemente con ningún ángulo de perspectiva de su mundo exterior—Inglaterra, Australia, Italia, México—, acondicionado por una presión barométrica y una ley de gravedad descubiertas por él, recibe espasmódicamente del sol espiritual que inventó, fuertes quemaduras de luz y treguas obscuras, misteriosas, de sombra.

En el sentido en que todo gran arte es la exteriorización coordinada, intensa y bella de la actividad metafísica de un hombre, Lawrence es un gran artista: aislado, sin antepasados, sin escuela. Poseído de un fervoroso amor, de una pasión inagotable y devoradora hacia todos los seres vivientes—las bestias, los pájaros, las plantas, el hombre, la mujer—, su panteísmo no es regalado como el de San Francisco de Asís —a quien, por cierto, se asemeja en la bondad—, ni doctamente fatalista como el de Spinoza, menos aún, candoroso y hasta irritante como el de Claudel o el de Francis Jammes. Sembrando en el curso de su romería literaria una abundante y prodigiosa vitalidad—nadie ha descrito como él, por ejemplo, lo sacramental de la más ínfima tarea doméstica—, valiéndose de tan ingeniosos como variados medios: de los instantos, de la intuición, del conocimiento, de la inteligencia, quizo plenamente—él, porfiado Quijote espiritual de la época más materialista, fragmentaria y dispersa—, aprehender la fuerza central del universo.

Menos patético que Don Quijote pero más clarividente, que es decir en su cuita: más íntegro y heroico, percatóse Lawrence de la singular discordia del espíritu del hombre, de su

(2) Un estudio de la obra poética de Lawrence por John Gould Fletcher apareció en *CONTEMPORANEOS*, noviembre, XVIII, p. 322.

orgánica totalidad, con las fuerzas bestiales y destructoras dentro y fuera de la civilización, y nunca —pésimo estratega de las retiradas y de los escapes—, llegó a atribuir a seres fabulosos o a encantadores su frustración cósmica y su impotencia personal. Implícitamente, esta constante y tensa agudez perceptiva de Lawrence es su tragedia y posiblemente explique su obra. Leerlo equivale a sumergirse dentro de un mundo fluido, tembloroso, crenchado en ocasiones por sacudimientos y espasmos, —su panorama—, en donde un cúmulo de Sombras flotan desorbitadas, atentas al flujo y reflujo de la más leve y sutil descarga psíquica.

El pesimismo de Lawrence, —del que en su primera época logró escaparse, a veces, en páginas descriptivas de romanticismo puro—, su desencanto y su titánica melancolía, aún su panagírico del dolor como forma de enaltecimiento —no seguramente dispar en elocuencia con el que compuso Dante—, aunque son posturas y clamores dignos de respeto, aparecen a la larga, en cierto modo, menos reales que ficticios: son los medios de que se vale Lawrence para obtener un fin: una fe inquebrantable en el milagro de la vida mística que desintegra y agota la personalidad. Cartesiano, por ejemplo, se pregunta si puede o no concederse valor objetivo y substancial al individuo:

“¿Qué el individuo no es tan sólo una ilusión? El hombre, todo hombre en sí no es más que un fragmento. ¿Qué el hombre no es más que voluntad oscura y penetrante como flecha? La mujer es el arco que dispara tenso. Un arco sin flecha no sirve para nada, y la flecha sin arco no sirve más que para distancias cortas. Como individuo, el hombre es falsedad y engaño, porque el individuo tan sólo existe en el mundo mecánico; una máquina en sí, es ser

eficiente. El individuo como sér perfecto no existe en el mundo de la vida. Somos fragmentos, o, en todo caso, mitades”.

Más en concreto, el tema escogido por Lawrence para complementarse desde este punto de vista, es, inevitablemente, el erótico. Aborreciendo el asceticismo obscurantista y medioeval que originó el problema ahora denominado sexual y sin preconizar especialmente ninguna época de la antigüedad, describe la accidentada trayectoria “de la flecha que dispara el arco” ahondando con vigor, con fuego, con descarnada franqueza, desconocidos por completo entre sus compatriotas, la psicología en acción del hombre y la mujer. Menos orgulloso, menos nietzscheano, menos españolista que Stendhal, Lawrence, más que el prosista meramente cáustico y exacto del amor, es, en prosa, su poeta metafísico y atormentado. El aspecto periférico del amor, es decir la lascivia, a secas, nunca le interesa, por el contrario, aunque llegue a veces a describirla por deberes técnicos de matiz y de contraste, —especialmente al hablar de Lady Chatterley—, le ofende y repugna. No hay en su obra trozos premeditados o morbosos de lujuria como en la de Dostoiewsky o en la de los escritores franceses que preceden a Brantome. Lawrence tan sólo pretendió trasladar al terreno humano, mejor dicho, al poético y espiritual, “el estruendo entre espuma de dos olas que se juntan”.

Incrustados entre repliegues áridos de rocas, algunos pequeños puritanos de su país y de los Estados Unidos, acreedores, como los *Yahoos* tenebrosos, al látigo de Swift, han intentado ya, con fuetazos, degradar la plástica de aquel espectáculo, y torpes, interpretando con almas enmarañadas en pecado la novela bíblica y llena de gracia de Lawrence, la

han reprobado y perseguido tenazmente junto con la de Joyce. La traducción—esa posteridad anticipada de nuestros días—, la merece y posiblemente la obtenga D. H. Lawrence. Ahora, por lo menos, ya que tan espontánea predilección animaba a Lawrence para con los pobladores de México, nosotros, a manera de postrera y delicada cortesía para con él, debemos leerlo.—Enrique MUNGUÍA, jr.

UN NUEVO LIBRO SOBRE SIGÜENZA Y GONGORA

DESPUES de la biografía de D. Carlos de Sigüenza y Gongora escrita por D. Francisco Pérez Salazar es la reciente publicación de Irving A. Leonard Ph. D., titulada "*Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a mexican savant of the seventeenth century*" la más importante aportación al conocimiento del erudito mexicano. Con orden y medida el estudio del señor Pérez Salazar resume lo que antes se había escrito sobre la vida de tan importante varón. La obra del señor Leonard se ocupa no precisamente de la biografía de Sigüenza sino de los trabajos que realizó como historiador, cosmógrafo y poeta.

Para desarrollar sus temas el señor Leonard utiliza cuanto material antiguo y moderno es conocido sobre el particular. Su libro contiene diez capítulos, una bibliografía y dos apéndices. En los primeros estudia, desde los primeros pasos

de D. Carlos por los claustros y universidades, hasta sus trabajos y fatigas en la expedición de Panzacola. Justamente observa que la aparición de un hombre de la libertad y cordura de Sigüenza, en los tiempos fanáticos de Carlos II, es bastante para realzar los méritos de la sociedad científica mexicana y en general las condiciones democráticas en que se movía la colonia. Señala luego la importancia de sus primeros escritos científicos. Refiere cómo, a la llegada del sabio jesuita Eusebio Francisco Kino, sostuvo violenta polémica motivada por la interpretación de las consecuencias malévolas de los cometas. Sigüenza se reveló en esta ocasión mucho más libre de prejuicios y hasta más profundo en sus conocimientos que aquel célebre hombre de ciencia. Habla así de sus *pronósticos*, especie de lunarios o calendarios—que en cierto modo se anticipan a los que no tardaría en elaborar en España Torres de Villarroel—como de sus trabajos de planificación del Valle de México. Hace mérito de la noble actitud de D. Carlos cuando el tumulto de 1692, durante el cual, con riesgo de su vida, salvó parte de los tesoros históricos que se conservaban en las Casas Consistoriales. Señala después los aciertos de D. Carlos como anticuario y erudito en cuestiones relacionadas con la vida y costumbres de los indios. Refiere las circunstancias de la expedición de Sigüenza a Panzacola.

Pero si el Sr. Leonard acierta en la exposición de tan variados hechos, creo que no logra idéntico resultado en sus conclusiones generales. Estas ofrecen algunas dudas —que posiblemente se deban tan sólo a la concreción con que las trató el autor. “Not contend —(Sigüenza)— with the knowledge of his contemporaries, his curious mind peeped into dark corners and ferreted out new facts. And, as the humanists of the Renaissance had turned to the classic liter-

M o t i v o s

ature and culture of the greeks and the romans for inspiration, so did Don Carlos devote himself to the study of the ancient civilization of the aztecs and the early peoples of his native land". Hay que advertir que la actitud del Renacimiento no fue de *curiosidad* por los valores de las culturas griega y latina, sino de *incorporación*, de *asimilación* de sus características. El Renacimiento pretende revivir, *renacer*, dentro de aquellas culturas, particularmente apegándose a la modalidad greco-latina que se desarrolló en Roma. El estudio de las particularidades del arte de aquel periodo así lo demuestra. En cuanto a su ciencia queda informada más por los hechos nuevos —conquistas físicas, matemáticas, astronómicas, geográficas— que por meras especulaciones metafísicas. De ahí que carezca en cierto modo de ponderación analítica. Tiende a la hipérbole en el comercio de las ideas y a la metáfora en el manejo de las formas poéticas. De este modo se explica cómo en una sola cita, y sin verdadero estudio previo, se mezclen, con idéntico elogio, los nombres de Cicerón y de Platón. En realidad en el Renacimiento italo-hispánico existen más problemas de autoridad eclesiástica que de método ideológico. Aparentemente la actitud de Sigüenza es renacentista al pretender informar su cultura con elementos sacados de las épocas indias; propiamente su actitud es tan sólo la de un investigador consciente de lo que significa el pasado y que quiere conocerlo para levantar el edificio de la historia de su patria. En ninguna de las obras de Sigüenza, ni tampoco en ninguna manifestación cultural colectiva de su época, se nota ese *renacer* de la cultura aborígen o autóctona.

Otra aseveración del Sr. Leonard que me parece desacertada es la que se refiere a la habilidad que demostró Sigüenza para llevar a cabo sus investigaciones científicas, sin herir

los postulados tiránicos de la Iglesia. No creo que se trate de un hecho exclusivo y propio del Renacimiento. La filosofía de la época de Sigüenza está llena de ejemplos semejantes al suyo. La filosofía del siglo XVII —particularmente la del último tercio— es una filosofía crítica, polémica: quiero decir, que en la lucha misma en que se debate encuentra su calidad máxima y no en la posterior aspiración que pudiera alcanzar. Considérese la actitud, v. gr. de Isaac Cardoso en su obra *Philosophia Libera* (1673) en la que el valor genuino de sus investigaciones tiene más importancia como problema lógico que como apetencia de consecuencias metafísicas ulteriores. Como es natural, en su información no es extraño Descartes: el Descartes que admite ideas eternas, lógicas y matemáticas dependientes de la voluntad de Dios: así crea el fundador de la filosofía moderna una especie como de relativismo trascendental. Semejante es el caso de Pascal. En sus problemas de discusión mística, en realidad no aborda cuestiones de dogma, sino de autoridad eclesiástica, de interpretación de pasajes bíblicos que no caen dentro de lo herético. Y es que la propia preponderancia de la razón, en este período, había logrado separar, en las discusiones, los temas de filosofía, de los teológicos. Se podía ser filósofo, discurrir con entera libertad sobre las causas de la materia, del orden del universo, sin que por esto se mezclaran los principios de la Iglesia. Esta se replegaba dentro de su dominio y ya no trataba de sujetar la ciencia a la fe. De ahí que fácilmente Sigüenza, sin menoscabo de su conciencia religiosa hortodoxa, pudiera atreverse a discurrir con ayuda de Descartes —que nunca estuvo en el *Índice*— los principios de la ciencia astronómica en abierta contradicción con los antiguos postulados de Roma.

Es claro que esta materia requiere más detenido examen y

que no es precisamente este momento el que mejor lo permite. Anoto estas particularidades como mera observación atenta a una obra que, como esta del Sr. Leonard, es por otros conceptos loable y digna de figurar entre las mejores que se han escrito sobre una figura mexicana.—E. ABREU GOMEZ.

SALVADOR DALÍ

EL aspecto de las obras recientes de Salvador Dalí, podría hacer creer al espectador superficial, que el joven pintor español se ha afiliado al superrealismo. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Dalí es el antisuperrealista tipo. Nadie odia tan vehementemente el superrealismo como Dalí. He hablado recientemente de una tendencia plástico-poética. Las últimas obras de Salvador Dalí entran de lleno en esta clasificación.

Plástica... La pintura reciente de nuestro pintor es rica de cualidades plásticas. Su gusto innato por las formas claras y netas, reducidas a su primera plasticidad; su anhelo constante de equilibrio y de ordenación; sus dones naturales de composición, hacen de Dalí uno de los más puros plasticistas de nuestra época. Esa plasticidad, empero, —que, dicho sea de paso, no existe nunca en los pintores superrealistas, los cuales, como es sabido, pretenden asesinar la pintura— es llevada por Dalí a su máxima pureza, y, eso, con medios de absoluta simplicidad. La composición, por ejemplo, es esta-

blecida casi primariamente. La diagonal de la tela. Sencillas relaciones de verticales y horizontales. Pura alegría de las leyes primarias ineludibles, como dice el mismo Dalí...

Poesía... Ese afán de poesía, común a los mejores artistas actuales, es asimismo presente en las últimas telas del pintor de Cadaqués. Dalí, sin embargo, no llega a esa poesía, como los superrealistas, por medio de los turbios procesos subconscientes. Dalí es un hombre del Sur. El clima, el territorio, el *milieu*, tienen una importancia capital en la producción de la obra de arte. Elie Faure nos lo recuerda magistralmente en su libro *L'esprit des formes*. Y nuestro cielo y nuestro mar, no invitan al sueño, ni a la divagación, ni a las desviaciones de la fantasía y de la imaginación. Dalí es un hombre del Sur. Y a la imagen hallada por el superrealista en los momentos torturados que preceden inmediatamente el acto de dormirse, Dalí quiere oponer la imagen hallada, tendido en la arena, de cara al mar. A las brumas del Norte, Dalí quiere oponer el viento del Sur que barre toda nube. A las vaguedades turbias y confusas del Norte, Dalí quiere oponer la clara anatomía del cangrejo. Dalí, por lo tanto, no cierra los ojos para permanecer atento a las sugerencias del mundo interior. Cerrar los ojos es un modo antipoético de percibir resonancias, dice nuestro pintor. Con los ojos muy abiertos, él opone a la álgebra abstracta la geometría plástico sensual. El quiere una poesía física, en frente de una poesía metafísica. Una poesía objetiva en frente de una poesía subjetiva. Su poesía nace pues, casi siempre, no del mundo interior, sino de la constatación de hechos esencialmente físicos.

Dalí —¿por qué negarlo?— es un materialista. Su anhelo de poesía, empero, le empuja decisivamente hacia lo miste-

M o t i v o s

rioso, lo desconocido, lo milagroso. El, no obstante, quiere que ese milagro se realice con la misma necesaria exactitud de las operaciones bancarias y comerciales. Físico, objetivista, materialista, él ha de volverse fatalmente hacia lo milagroso, lo misterioso, lo desconocido de la materia: la fisiología, la célula, el protoplasma. Eso explica las representaciones, que abundan en sus obras, de cuerpos destripados que muestran todo el misterio y todo el secreto de su interioridad. Eso explica, todavía, los brazos mutilados, las piernas seccionadas, las venas que revientan, los coágulos de sangre aumentados microscópicamente... Su concepción física de la poesía, le lleva también invenciblemente a maravillarse ante la poesía, innegable poesía, de los objetos industriales, de los aparatos, de las máquinas, con su sensualidad geométrica, neta, precisa, eminentemente plástica...

Teóricamente, no comparto del todo esa concepción tan especial de la poesía. Pero es preciso reconocer que los resultados logrados por el pintor Dalí son de tan fuerte intensidad poética, que consiguen hacer vibrar las cuerdas más recónditas de nuestra sensibilidad.

Las obras recientes de Salvador Dalí desmienten energicamente las afirmaciones de los que, engañados por el aspecto aparentemente glacial de sus telas neoclásicas precedentes, han querido disimular la importancia de este insólito artista, tildándolo despectivamente de frío conceptualista. Sus obras recientes nos muestran finalmente a Dalí como realmente es: un lírico de desusada potencia y de fuerte originalidad.

Lirismo optimista, sano y desinfectado. Totalmente esterilizado.—*Sebastián GASCH.*

LOS ULTIMOS LIBROS MEXICANOS O SOBRE MEXICO

Jesús Guzmán y Raz Guzmán: *Bibliografía de la Reforma, La Intervención y el Imperio*, tomo I, México, Monografías Bibliográficas Mexicanas, Vol. 17, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930.

J. Ignacio Rubio Mañé: *Monografía de los Montejos*, Mérida, Imp. y Lit. Gamboa Guzmán, 1930.

Lucas de Palacio: *El Problema del Alojamiento en la Ciudad de México*, México, 1930.

José R. Benítez: *Historia Gráfica de la Nueva España*, Barcelona, Instituto Gráfico Oliva de Vilanova, 1930.

José Díaz Bolio: *La Visión Pensativa*, poemas, Mérida, E. G. Triay e Hijos Impresores, 1930.

Secretaría de Relaciones Exteriores: *Exposición de Motivos y Proyecto de Ley sobre Nacionalidad y Naturalización de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930.

Rafael Lozano: *Euterpe*, poemas, México, Ediciones del Bloque de Obreros Intelectuales, 1930.

Etna: *A las madres*, México, Tip. Guerrero Hnos., 1930.

M o t i v o s

Narciso Bassols: *Imprudencia y Sobreseimiento*, México, Editorial "Cultvra", 1930.

Manuel Cervantes: *El Derecho Mercantil Terrestre de la Nueva España*, México, A. Mijares y Hno., 1930.

Alfonso Taracena: *10 Personajes Extravagantes*, México, Editorial Bolívar, 1930.

Manuel Gamio: *Mexican Immigration into the United States*, Chicago, The University of Chicago Press, 1930.

Manuel Gamio: *Número, Procedencia y Distribución Geográfica de los Inmigrantes Mexicanos en los Estados Unidos*, México, Talleres Gráficos del Diario Oficial, 1930.

Ricardo Calderón Arzamendi: *Síntesis de la Revolución Mexicana*, Santiago de Chile, Imprenta "La Sud América", 1929.

Federico de Waldeck: *Viaje Pintoresco y Arqueológico a la Provincia de Yucatán*, Traducción y prólogo del Dr. Manuel Mestre Ghigliazza, Mérida, Editor Carlos R. Menéndez, 1930.

Joaquín Ramírez Cabañas: *El Empréstito de México a Colombia*, Vol. 33 del Archivo Histórico Diplomático Mexicano, México, Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930.

José Fernández y González: *El Ebrio y el Prohibicionista*, México, Unda y García Impresores, 1930.

Libros Mexicanos

José G. Heredia: *Origen de Sinaloa*, (fragmento de mi libro titulado: Francisco Vázquez de Coronado, Gobernante y Conquistador), México, Talleres Linotipográficos, 1930.

José Joaquín Fernández de Lizardi: *Espantosa Aventura del Locero*, México, Libros Mexicanos, 1930.

"1930"

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

FRANCISCO ICHASO

FELIX LIZASO

JORGE MAÑACH

JUAN MARINELLO

APARECE MENSUALMENTE

SUSCRIPCION A 6 NUMEROS

\$ 1.00 O. A.

*APARTADO 2228

LA HABANA, CUBA

"MUSICA"

REVISTA MEXICANA

DIRECTORES:

DANIEL CASTAÑEDA

CARLOS CHAVEZ

JEFE DE REDACCION:

G. BAQUEIRO FOSTER

SUSCRIPCIONES:

EN LA REPUBLICA MEXICANA:

SEIS MESES \$ 3.00

UN AÑO , 6.00

EN EL EXTRANJERO:

SEIS MESES DLLS. 2.00

UN AÑO , 4.00

AP. 1942 - MEXICO, D.F.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

SECRETARIO:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

SUSCRIPCION POR UN AÑO

8 DOLARES

LAVALLE NUM. 1430

BUENOS AIRES, REP. ARGENTINA

Repertorio
Americano

SEMANARIO DE CULTURA
HISPANICA

EDITOR:

JOAQUIN GARCIA MONGE

SAN JOSE, COSTA RICA

PIDA A "CONTEMPORANEOS"

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.



NOVELA

Dama de Corazones

POR

XAVIER VILLAUURUTIA

\$2.00 EL EJEMPLAR

EDICIONES ULISES

NOVELA

Novela en Forma de Nube

POR

GILBERTO OWEN

\$1.50 EL EJEMPLAR

EDICIONES ULISES

CRITICA

Respuesta a Sor Filotea de la Cruz

POR

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

EDICION Y NOTAS DE

ERMILO ABREU GOMEZ

\$1.00 EL EJEMPLAR

LA VOZ NUEVA.—MEXICO

POESIA

ANTOLOGIA DE LA POESIA MEXICANA MODERNA

EDITADA POR

JORGE CUESTA

\$3.00 EL EJEMPLAR

CONTEMPORANEOS

MEXICO

EDICIONES DE
CONTEMPORANEOS

**ANTOLOGÍA DE LA POESIA
MEXICANA MODERNA**

EDITADA POR JORGE CUESTA

PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 3.00

RED

POEMAS EN PROSA DE

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO

CON CINCO DIBUJOS DE

JULIO CASTELLANOS

PRECIO DEL EJEMPLAR \$2.00

SOBRETUROS DE "CONTEMPORANEOS"

**PERSPECTIVA DE LA LITERATURA
MEXICANA ACTUAL**

POR JAIME TORRES BODET

\$1.00 EJEMPLAR

(AGOTADO)

**EL MATRIMONIO DEL CIELO
Y EL INFIERNO**

POR WILLIAM BLAKE

TRADUCCION DE XAVIER VILLAUURUTIA

\$1.50 EJEMPLAR

EL CASO STRAWINSKY

POR SAMUEL RAMOS

\$1.00 EJEMPLAR

EL NUEVO PARAISO

POR CELESTINO GOROSTIZA

\$1.50 EJEMPLAR

SI USTED SE INTERESA POR ADQUIRIRLAS,

DIRIJASE A

CONTEMPORANEOS

APARTADO POSTAL No. 1811 - MEXICO, D. F.



EDITORIAL "CULTURA"
TELÉFONOS: Eric. 56-10, Mex. 1-36-32
Av. Rep. Argentina, 5.
México, D. F.